





LA FAMILIA DE VIELAND,

ó

LOS PRODIJIOS.

LA FAMILIA

DE

VIELAND,

Ó

LOS PRODIJIOS.

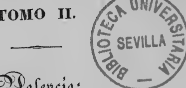
Puesta en español

POR EL DR. D. LUIS MONFORT.

Leed, y estremeceos; nada hay aqui de fabuloso.

CUARTA EDICION.

TOMO II.



Valencia:

IMPRENTA DE CABRERIZO.

1839.

T. II.



„Es preciso herir aqui, meta V. esa espada en mi pecho; pero perdone V., oh! perdone á mi padre".

LA FAMILIA

DE

VIELAND,

ó

LOS PRODIJIOS.

CAPITULO I.

» Abismada en las mas tristes meditaciones entré ya muy tarde en Filadelfia, atravesé toda la ciudad sin detenerme, y á la salida un incógnito hace parar el coche, y habiéndome entregado una carta, se retira aceleradamente. Deseosa de

saber el contenido, bajo en una posada que hay á muy corta distancia, pido que me traigan una luz, y leo lo siguiente:

»Desterrado por vuestra familia, »perseguido por crímenes imajina»rios hasta lo interior de las selvas, »en donde ya tiempo hace que ten»go puesta mi residencia, habré de »renunciar de veros en adelante, »como no sea con la mas cautelosa »reserva. No os queda otro que »pueda reparar vuestras desgracias, »cambiar vuestra suerte, y borrar »lo que hasta ahora habeis sufri»do. Asi es indispensable que os »vea, si estimais vuestro bienes»tar. Habeis consentido casaros con »Pleyel, y Pleyel os ha desechado; »no os lo vitupero, antes bien ten»go la jenerosidad de disimularos

»que me hayais abandonado. No te-
»mais nada, que aunque no seais
»ya dueña de vuestra suerte, pue-
»do todavía ofreceros medios para
»fijarla. Esta noche estaré en vues-
»tra casa á las once; dejad la puer-
»ta abierta; bien podeis fiaros de
»mí, ya que yo pongo en vuestras
»manos mi libertad, y aun mi vi-
»da, pudiendo hacerme prender
»cuando me presentáre á vuestra
»puerta; pero os tengo harto co-
»nocida, y no recelo una traicion
»tan ajena de vuestros principios.
»Reflexionadlo bien....: de vuestra
»decision depende vuestra dicha,
»ó el colmo del infortunio. Solo os
»queda un instante, y si le perdeis,
»su pérdida será irreparable, pues
»me alejaré sin detencion de un
»pais en que anhelaba prepararos

»una suerte envidiable, que aun os »puedo ofrecer, en que el mismo »Pleyel confuso y avergonzado no »osaria miraros sino con temor y »respeto.... Me valgo de mano aje»na, segun lo exijen las circuns»tancias. Adios, Clara, acordaos »que el toque de las once va á fi»jar irrevocablemente vuestro des»tino.

Carvino."

»¡Que carta! ¡que audacia! ¡que estilo enigmático! Me estremecia al leerla. ¡Que hombre! estaba avisado que le buscaban para prenderle, y no obstante se atrevia ponerse en mis manos, vituperándome el que le hubiese dejado por Pleyel, y aun tenia la insolencia de decir, que me disimulaba esta

preferencia; y que á pesar de su situacion era el árbitro de mi suerte, que podia hacerla digna de envidia, y ponerme en estado en que fuera el objeto en la veneracion y respeto. Y me exijia una cita, asegurándome que era mi único amigo y protector. ¡Que asombro! ¿Aquel hombre estaba fuera de juicio? ¡Oh! seguramente no, porque aquel escrito le acreditaba muy diestro en la intriga, hábil en conducir un plan, en mover todos los resortes del corazon humano, en sacar partido de las circunstancias, y en aprovechar una coyuntura favorable. Mas ¿por donde sabia que Pleyel me hubiese desechado? ¿Quien le informó del camino y hora en que debia encontrarme? ¿Y era el mismo que

habia atentado contra mi vida, y destruido mi reputacion? Y ¿adonde me refujiaria contra sus persecuciones?

»Mi primera resolucion fue volverme á Filadelfia, á fin de que no hallándome en casa, se convenciese de mi repugnancia, y se fuese para siempre temiendo una sorpresa; pero reflexioné que estaria mas segura con mi familia, y que aquella misma carta podria justificarme á los ojos de Pleyel y de mis parientes, desengañándolos...; pero ¡que vana esperanza! ¡habia tenido la precaucion aquel suspicaz de valerse de otro para escribirla, y sus mismas espresiones, lejos de favorecerme, suministraban armas á la malignidad para acriminarme! ¡Tal es nuestra repugnan-

cia en admitir el bien, y nuestra propension en creer el mal! Acaso entregando á Carvino en poder de la justicia, declararia él mismo mi inocencia; pero ¿quien me aseguraba que vendria sin armas, y aun sin escolta? ¿Y no esponia á mis amigos á ser víctimas de su destreza y de su fuerza estraordinaria, poniéndole en el caso de cometer nuevos crímenes? Podíamos acudir por auxilio á la autoridad; pero quien estaba tan exactamente instruido de cuanto pasaba de mas secreto en mi casa, ¿no se hubiese guardado bien entonces de presentarse á la hora indicada? Y aun cuando hubiesen conseguido prenderle, ¿me creia con esto mas justificada? Lejos de que su conciencia se despertase á la vista de los

suplicios, se vengaria haciéndome asesinar, ó envolviéndome en sus delitos, y hubiese perecido en un cadalso cubriéndome de ignominia. Su misma carta manifestaba de lo que era capaz, cuando se lisonjeaba que yo me presentase á ver secretamente á un hombre señalado por la justicia, y que me habia acarreado tantos males. Me estremezco solo con pensar de que mi situacion fuese bastante deplorable, que le diera aliento para hacerme tan horrible propuesta.

»Estas reflexiones me produjeron cuanto acababa de pasar con Pleyel, y el diálogo que porfiaba haber oido que tenia yo con Carvino en la gruta; y deploré amargamente el concurso de circunstancias fatales que contribuyeron á

afirmarle en su error. En efecto, recordé el silencio con que subió, y se puso á escuchar á mi puerta, cuando tomándole por mi perseguidor, evité el mas leve ruido, con lo que hubo de persuadirse que no estaba en casa. Cuán fácil me hubiera sido entonces desengañarle de que no era yo la que habia escuchado en la gruta; mas desgraciadamente me oyó cuando bajé á cerrar la puerta para evitar una nueva tentativa, y con esto acabó de persuadirse que venia entonces de dejar á Carvino. ¡Cuan poco habia sido menester para inclinar contra mí la balanza! Hubiese podido acudir á Pleyel la mañana siguiente, y en mi justificacion manifestarle cuando habia subido, y parado á mi puerta, pro-

bando si estaba abierta, y como despues habia cerrado la suya con violencia. Y ¿como podia saber todo esto estando fuera de casa? Pero no creí que todas aquellas circunstancias fuesen de tanta importancia; y despues cuando le vi por la noche en su casa, y en nuestra última vista, mi asombro y mi dolor me impidieron pensar en ello; y aun cuando me hubiese ocurrido, ya no era tiempo, porque sin duda informando á Vieland, me habia dejado sin defensa, y aun sin esperanza de verle, y este abandono escitó toda mi sensibilidad.

»¿Con que habeis partido, esclamé derramando un torrente de lágrimas, y habeis partido para siempre? ¡Ya no os veré! ¡ni aun puedo escribir para desengañaros!

Os llevais con vuestro error mi bienestar y mis esperanzas. Me dejais espuesta á á los ataques de mi cruel enemigo! ¡Me dejais en su poder....! ¡Ah, Pleyel! ¿á quien recurriré en la crítica situacion en que me encuentro? ¿Acaso á mi hermano, cuya razon empieza ya á alterarse? ¿A Catalina que no puede ofrecerme consuelos de que ella misma necesita....? No se engaña Carvino, tiene razon; él solo me queda en este mundo; y en efecto, me veo reducida á implorar la piedad y el amparo de un forajido. Y pide una conferencia, me dice que puede reparar mis desgracias, me asegura que no debo temerle, y me ofrece por garante su libertad y su vida. Me previene, que si le rehuso se ausentará, dejando

irrevocablamente decidida mi suerte. ¿Será, pues, capaz de arrepentirse? ¿Se hallará dispuesto á reparar sus yerros? ¿Dejaré perder este único medio de que se reconozca? ¿Me negaré á una conversacion que tal vez debia yo proporcionar, si él no me la ofreciera? Aqui no usa de rodeos, ni debo temer que me tienda lazos, cuando habla tan francamente y apartando la idea de todo efujio. Y ¿por que no he de creer que le moverán mi situacion y mis lágrimas? ¡Ah! reconocerá que he sufrido bastante. Pues ¿que debo ya temer? No temo por mi existencia, que me es tan amarga; no temo por mi honor, que sabré salvar sacrificando mi vida; ¿y el ajente tutelar que hasta aqui se ha interesado en

mi suerte, me dispensará aun todavía su benévolo amparo? Le veré, sí, le veré; superior á todos los acontecimientos puedo desafiar á la suerte; mi resolucion es inalterable, y asi, ó he de morir, ó he de recobrar el honor."

»Tomada esta resolucion me pareció que el tiempo pasaba con lentitud, tal era ya mi deseo de que llegase la hora señalada. Me ocupé solo en pensar como lo ocultaria á Vieland y á su mujer, persuadida que me disuadirian este paso. Si bajaba antes á su casa, se opondrian á que fuese á pasar la noche en la mia, y si pensaba ir despues de la cita, ya se habrian acostado, siendo probablemente muy adelantada la noche cuando dejaré á Carvino. No habia mas

medio que quedarme en Metinjen hasta el dia siguiente, puesto que no me aguardaban, y obrando asi removia todo estorbo. Ajena hasta entonces de finjir, no me creia culpada en suprimir la verdad, y con esto daba el primer paso para la mentira. Sin embargo no se me ocultaba que sabida esta conferencia quedaban confirmadas las acusaciones de Pleyel, no siendo ya posible interpretar favorablemente mi vuelta á una casa en que habia corrido tantos riesgos.

»Con estas disposiciones llego á corta distancia de casa de mi hermano, y al ir á dar la órden de que tomasen el camino que conduce á la mia, me ocurre de que iba en su coche, y llevaba conmigo el cochero y otro criado suyo.

¿Y que secreto debia esperar de ellos? A mas, si llegaba acompañada, ¿no era natural que Carvino se retirase? Si los despachaba luego que me dejasen á la puerta de mi casa, ¿no era dar ocasion á que viniendo Vieland á buscarme tuviese algun encuentro con Carvino? Hallándome en esta incertidumbre, advierto que ya el coche entraba en el patio, y que no siendo ya tiempo de deliberar, debia decidirme en el momento. Asi de pronto forméla resolucion de pretestar algun resto de indisposicion, que me obligaba á recojerme, informar en pocas palabras á mi familia de lo que acababa de pasar con Pleyel, y retirándome luego á mi aposento, salirme de oculto á encontrar á Carvino, cuando es-

tuviesen todos entregados al sueño.

»Entro, y no veo á nadie: doy una mirada al reloj, y eran cerca de las once, y unas luces que habia apagándose denotaban que ya largo rato habian dejado la casa. Sobresaltada de la soledad que reinaba por todas partes, y mas todavía de haber hallado las puertas abiertas, y la mesa puesta para cenar, recorrí las habitaciones, pero todo fue en vano. ¿Que se habia hecho toda la familia, que ni aun encontraba á nadie á quien preguntar? Pensando en que Vieland y Catalina se hubiesen detenido en la heredad, aguardé un momento, y en esto dan las once. Ya no podia perder un momento, la ausencia de Vieland favorecia mi designio, de modo que sin estorbo,

y sin necesidad de efujios podia ir á encontrar á Carvino, y volverme sin que se advirtiera mi falta. Mas ¿como separarme de aquella casa sin estar antes sabedora de la suerte de los mios? Temiendo que les hubiese sobrevenido algun funesto acontecimiento, me ocurrió en medio de mi afliccion y estado de perplejidad, de que Luisa podia estar acostada, y ella sacarme de mis zozobras.

Con este pensamiento subo á su cuarto, y en efecto la hallo profundamente dormida; la despierto, y queda tan sorprendida, como satisfecha por volver á verme. Me hace saber que Vieland y su mujer, habiendo sabido por un propio, que Pleyel les habia enviado, de que yo debia llegar á la tarde,

me aguardaron con impaciencia; pero estrañando ya mi tardanza, y recelando me hubiese acaecido algun accidente, determinaron aguardarme; que ella se habia retirado, y asi que ignoraba absolutamente que se hubiesen salido, ni con que objeto. Añadió no obstante, que sin duda habrian ido á recibirme hasta la granja, siendo de creer que no hubiesen oido pasar el coche.

»Sosegada que estuve por esta parte, ya no vacilé en ponerme en camino, tomando en derechura la senda mas corta. La noche estaba hermosa, la atmósfera pura, y el cielo estrellado me daba bastante claridad para ver por donde iba. No tardé en divisar á lo lejos aquel techo abandonado, bajo el cual habia jurado no comparecer jamás.

¡Con que viveza se presentaron entonces á mi imajinacion la temeridad de mi empresa, y el peligro á que iba á esponerme! Tomo en la mano un cuchillo, de que me habia prevenido al salir de casa de mi hermano: ¡cual seria mi situacion y desconfianza, que llegué á reflexionar á sangre fria sobre el uso que podia verme precisada á hacer de aquel instrumento, para salvarme de un riesgo á que tan voluntariamente me esponia! Pero me arrastraba á ello una fuerza secreta, á la que ya no podia oponer ninguna resistencia.

CAPITULO II.

»Apenas habia pasado el recodo de una montaña en direccion de frente á mi casa, cuando descubro con sorpresa una luz en mi aposento. ¡Nada era mas estraordinario! A la verdad contaba en encontrar á Carvino, mas no podia concebir de que estuviese dentro no teniendo las llaves, y mucho menos de que con aqûella claridad diese á entender que habia alguno en un lugar que se creia inhabitado. ¡Semejante imprudencia me era inesplicable! Me paré á cierta distancia por ver si descubria á alguien, y entonces un rayo de luz vino á herir en un arbusto, que estaba cerca de mí, y sucesivamente

fue dando por diversas partes del jardin. Miro á la ventana, y aun estaba iluminado el aposento, y habiendo la luz mudado de puesto, era evidente que habia alli alguno que la hubiese mudado. Me puse á reflexionar por un momento sobre el partido que debia tomar, y creí que antes de entrar podia llamar á la puerta, para asegurarme de quién estaba en mi casa. Me acerco, y arrimada á la puerta escucho con atencion, y no oyendo el mas leve ruido, llamo muy de espacio, y despues segunda y tercera vez con mas fuerza; pero nadie acude ni responde. Retrocedo, y examino desde un trecho el aposento, y ya reinaba la mas profunda obscuridad; sin duda el que se hallaba dentro, oyendo el ruido que aca-

baba de hacer, habia apagado la luz; y no seria Carvino, cuando guardaba tanto silencio y recato por no ser conocido.

»¿Quien es capaz de analizar lo que llamamos valor, de reducirle á principios, prescribirle un curso invariable, y fijar los límites á la temeridad que puede inspirar la desesperacion á la persona mas temida? Seria esto penetrar los secretos de la naturaleza. Todo me anunciaba un riesgo diverso del que yo estaba dispuesta á hacer frente, y que ninguna mujer podria arrostrar impunemente. No obstante me decidí á descubrir este nuevo misterio, y al punto reconociendo la punta del cuchillo, para asegurarme si estaba bien acerada: —»Ese es, dije, el único protector de mi

virtud y de mi inocencia: ¡desgraciado el que aqui intente ofenderla!''

»La casa estaba cerrada, las llaves en casa de mi hermano, y como no traia conmigo sino la del jardin, me acerqué á abrirla. Con grande admiracion mia hallo que la cerraja estaba abierta; no importa, me entro con precaucion, y cierro despues. Aunque por todas partes reinaba la obscuridad y el silencio, conocia el sitio, y asi á tientas logré llegar al gabinete en que debia hallar las yescas, con que bien pronto tuve luz, para descubrir al que habiendo entrado en mi casa, queria permanecer oculto. En mi impaciencia pensé que con todo podia ser Carvino, que hubiese querido asegurarse de si estaba

yo sola, ó si tenia que recelar alguna sorpresa. Mas ¿como se habia introducido? ¿Quien le habia proporcionado la llave de mi casa? ¿Que depravada intencion habria tenido en ocultarse? ¿Queria persuadirme que no estaba, ó arrepentido no queria verme? Y esto era un nuevo motivo para buscarle, y lo que acabó de resolverme á atropellar por todo, aunque me costase la vida.

»Llego al pie de la escalera en el momento en que ocupàba mi pensamiento el ajente invisible que anteriormente me habia protejido en otra ocasion del todo semejante; invoqué con ansia su proteccion, lisonjeándome de que su silencio era una prueba cierta de que nada tenia que temer. ¡No se si ten-

dré bastante fuerza para proseguir tan horrorosa narracion; si al querer representar los horrores de que fui testigo, mi mano trémula se negará á ejecutarlo, ó si hallaré colores para pintarlos! En efecto, ¿que hay que esperar de una mujer desventurada, que emprende describir los espantosos acontecimientos de que á un mismo tiempo fui el objeto y la víctima?

»Iba á poner el pie en el primer escalon, cuando un lijero ruido me hizo volver la cabeza para descubrir lo que le habia causado. La voz penetrante y terrible que tanto me asustó en otra ocasion, se me hizo oir tambien entonces, y á muy corta distancia. Las palabras *¡deteneos! ¡deteneos!* vinieron de nuevo á conmover mis nervios, y las du-

das que pudieran quedarme sobre la realidad de este aviso las hubiese al instante aclarado el estraordinario espectáculo que se ofreció á mi vista. Habia dejado abierto el cuarto, cuya puerta estaba á diez ó doce pies del principio de la escalera, y en la misma pared, de modo que mi vista, dirijiéndose á lo largo de ella, solamente descubria la entrada. Al traves, pues, de esta abertura vi sacar y retirar horizontalmente con increible rapidez una espantosa cabeza, al parecer de una mujer que se asomaba y se escondia. Todos los músculos de su rostro estaban tirantes con violencia, la frente y cejas presentaban una estremada contraccion, los labios aun abiertos, como si acabasen de lanzar aquel espantoso gri-

to, los ojos parecia que despedian chispas, las cuales, á no tener yo luz, hubiesen iluminado á larga distancia como las emanaciones de un metéoro. El grito y la vision se hicieron escuchar y ver aun mismo tiempo.

»Aquella figura parecia de un individuo, cuyas facultades superaban á la naturaleza humana, y sin embargo sus facciones tenian cierta semejanza con otras que habia yo visto. Tenia tan impresa en mi fantasía la imájen de Carvino, que creí ver una semejanza; pero deseché luego aquella idea, que tan poco se conformaba con la benevolencia que aquel jenio misterioso me manifestaba. Que la figura fuese ó no fuese humana, que viniese ó no de ella el aviso recibido, no

por eso dejaba de ser este de la mas alta importancia, como lo habia esperimentado en otra ocasion. Se me advertia tambien ahora que no pasara adelante: ¿como podia contravenir á este precepto? Pero mi situacion era mas desesperada que entonces; y como la voz no me señalaba el riesgo para poder precaverle, y ya habia quebrantado la prohibicion sin ningun funesto accidente, podia esperar el cumplimiento de la promesa de que estaria segura en cualquiera otra parte fuera de la gruta; y á mas ¿debia yo tambien profundizar un misterio, del cual parece que dependia mi destino? Esta confianza era fundada, y ella fue la que me indujo á pasar adelante.

Subo con firmeza, y ningun nue-

vo aviso viene á alterar mi resolucion, permaneciendo todo en el mas profundo silencio. La puerta de la habitacion estaba cerrada, la abro con resolucion, y rejistrándola con la vista, no se me presenta nada de estraordinario. Me interno no obstante con precaucion, y todo estaba en su lugar; ni habia ninguna luz, ni podia concebir cual era la que habia divisado desde fuera. ¡Que estraña idea no se me presentó entonces! Me ocurrió que aquella claridad podia dimanar de la espantosa figura que se me habia hecho visible, y ser de la misma naturaleza de la que acompañó el fin de mi desgraciado padre. Miro á mi gabinete, que estaba cerrado, y su vista me recuerda la terrible escena á que sirvió de tea-

tro. Acaso en él debia yo encontrar el medio de aclarar tan asombrosos misterios, y satisfacer mi impetuosa curiosidad. No vacilé en abrir la puerta para rejistrarle, cuando al pasar la vista por una mesa que tenia enfrente, descubro en ella un papel. Me acerco, le tomo, y reconociendo al punto la mano de Carvino, leo lo siguiente:

»Aunque yo no debiese lison»jearme de que acudiriais exacta»mente á la conferencia que os pro»ponia, menos debia creer que ha»llaria otro en vuestro lugar. No os »lo vitupero, ni por ello os deseo »ningun mal, pues lo que acaba de »suceder os justifica plenamente. »Despues de haberos aguardado en »vano, me retiro de aqui, porque »me seria muy arriesgado el per-

»manecer por mas tiempo. Propor»cionaré aun todavía otra ocasion »para que nos avistemos, porque »sin duda en faltar á esta cita no ha »sido vuestra intencion desechar »el único medio que se presentaba »de terminar vuestros infortunios. »Os indicaré el dia y el sitio; entre »tanto, huid.... Alejaos de esta ha»bitacion, y evitad la vista de un »horroroso espectáculo, que no os »hallais en disposicion de sopor»tar......''

»¿Que significaba este billete sin concluir? ¿Que otro á mas de Carvino se habia presentado? ¿Que habia sucedido? ¿Como este lugar se habia hecho tan arriesgado para él, de modo que ya no queria permanecer un momento? ¿Que me quedaba que temer si rejistraba mi ha-

bitacion? ¿Quien pudo detener al escritor, ó impedirle que terminase la frase? La tinta estaba aun húmeda en el papel, la mano de Carvino apenas dejaba la pluma, y acababa de abandonar el lugar en donde yo me encontraba, ó quizá aun no habia salido de la casa. Me revuelvo como temiendo que se hallase detras de mí, y no veo nada; busco con ansia el espectáculo de terror que se me habia de ofrecer, y del que me advertia que huyese. De nuevo me viene al pensamiento el gabinete, en donde iban sin duda á anonadarse mis facultades físicas y morales, ya que no morí de espanto en el pie de la escalera.

»La entrada al gabinete estaba junto á la cabecera de la cama; me

acerco y veo alzada una de las dos cortinas. El presentimiento de mi desgracia me hizo dar una mirada á aquella parte de la cama. ¡Cual fue mi sobresalto! Apoderada de horror llevo la luz para asegurarme si me habian engañado mis ojos, miro con atencion esperando que desapareciera el objeto que creia descubrir tendido.... ¡Vana esperanza.....! ella era...; no me atrevo á nombrarla.... *¡Oh, Dios! ¡Este era el horroroso espectáculo que me anunciaba Carvino!* y sin duda será él mismo su abominable autor: ha sacrificado á esta inocente á rabia ó á su liviandad, y forzado á alejarse sin perder tiempo para que no le sorprendieran los que viniesen en busca de su víctima, no tenia otra mira en su carta que ha-

cerme tomar por el asesino, y conseguir con esto armarme un nuevo lazo. Tal era la suerte que me estaba reservada, y que un acontecimiento inesplicable habia hecho caer sobre otro. ¡Con que en aquel lugar me aguardaban la violencia y asesinato! ¿ó se habian equivocado sacrificando por mí á Catalina? Pero ¿se habia satisfecho la saña del asesino de modo que ya quedase yo segura? No podia estar muy lejos para que la distancia le impidiese venir á añadir una víctima á la que estaba tendida á mi presencia. Temblaba de espanto, mis rodillas se doblaban, y mis ojos pasando de la puerta de la habitacion á la del gabinete, apenas distinguian los objetos, estando cubiertos del velo de la muerte.

»Habia llegado á mi casa decidida á vender cara la vida y el honor; y al presente un niño me hubiese hecho caer á sus pies, porque las fuerzas me habian abandonado en un todo; y poco preparada por la educacion y esperiencia á presenciar semejantes escenas, el sobresalto y el pavor habian aniquilado todas mis facultades. Me acerco á la cama, y me esfuerzo á mirar á la desventurada Catalina, y sus anjélicas facciones no estaban todavía desfiguradas, ni habian podido borrar del todo las convulsiones y agonías de una muerte violenta y dolorosa. »¡Ah! le dije, como si pudiese oirme, ¿que fatalidad te ha conducido á este lugar? ¿Quien podrá jamás consolar de esta pérdida á tu esposo é hijos? ¿como ha de

poder soportar mi hermano tan terrible acontecimiento? Sin duda hubiese sido de suma afliccion para él perderte por una muerte natural; pero ver que te arranca de su lado la mano de un asesino, es para él una desgracia espantosa. ¡Quizá te viste reducida á pedirle la muerte como un beneficio! ¿La rabia de tu asesino se habrá saciado en tu destruccion? Y no obstante no tenia ningun designio contra ti, ni eras el objeto á que se dirijia su venganza, que lo era yo, manifestando todo que pereciste por venir á salvarme, atraida por tus inquietudes. Mas ¿como fue que veniste sola? ¿Por que no te acompañó Vieland, y se hubiese hallado á tu lado para defenderte y preservarte de una catástrofe semejante?"

Entonces, tomando una de sus manos, aun calientes y flexibles, la inundé de besos y lágrimas, junté mis labios á los suyos descoloridos, que jamás se habian desplegado sino para espresar el cariño y la benevolencia. Le aliñé su vestido, y sentándome á sus pies, y cruzadas las manos me puse á considerarla como mis ojos obscurecidos me lo permitian.

»Alli meditaba sobre la mayor de las desgracias viendo desvanecerse toda esperanza de felicidad con la vida de Catalina, separada para siempre de mi familia, y su nombre ya no habia de acompañar al de Vieland; y despues de haber pasado en el dolor algunos instantes de una triste existencia, estábamos destinados á ofrecer un mo-

numento de la loca presuncion con que los hombres cuentan en poseer y fijar para siempre una felicidad deleznable. Por mi parte habia perdido á Pleyel, y no obstante como mi familia hubiese sido dichosa, hubiera tolerado la vida; pero separada para siempre de la amiga de mi infancia, de la que hasta entonces habia participado de mis gustos y penas, semejaba á aquel infeliz, que abandonado en un frájil esquife en medio de una deshecha borrasca, oye bramar á su rededor la temible ola, que al arrancarle su última esperanza sepultándole en el abismo, va á completar delante de él el horroroso espectáculo de la naturaleza irritada.

CAPITULO III.

»No queria ni me hallaba con ánimo de alejarme, estaba en estado de privacion, del cual me sacó el oir que abrian las puertas, y que iban subiendo por la escalera. Este ruido imprevisto me hizo poner sobre mí, me levanto, y corriendo con cuidado la cortina de la cama, me aparto al lado de la sala enfrente de la puerta, para ver al que iba á presentarse. Solo obraba en mí entonces el instinto de mi conservacion, dirijiéndome en lugar de los cálculos de la prudencia, ó de un raciocinio exacto, que estaba muy distante de poder formar.

»Llegan..... Aguardaba á Carvino..., se presenta....; en lugar del

asesino, reconozco á mi hermano, cuyas facciones sin embargo que anunciaban algo de estraordinario, no dejaban de persuadirme que ignoraba la suerte de su desventurada esposa; porque jamás habia observado en su rostro la espresion animada de la dicha, ni en su frente, de ordinario anublada y sombría, se habia jamás traslucido un alborozo mas puro.

»No dudando de la desesperacion que iba á causarle la muerte de Catalina, temia que se trastornase enteramente su juicio, que ya de algun tiempo se hallaba sensiblemente alterado. Pocos infortunios habia á los cuales sus principios no pudieran sobreponerle, pero en este todo consuelo quedaba sin efecto, y toda reflexion era per-

dida, debiendo este espectáculo conducirle á una enajenacion total, cien veces peor que la muerte. ¿Como se habia de informarle de la pérdida que acababa da sucederle? Mas ¿como era posible ocultársela? ¿Que estratajema podia yo emplear para que continuase en ignorarla cuando á dos pasos de él estaba el cadáver de su esposa? No era mi situacion para encargarme de un empeño tan penoso, como árduo, ni de darle los consuelos de que yo en aquel momento tenia la mayor necesidad, y asi derramaba en silencio unas lágrimas que ya parece habia agotado sobre la mia. En aquel estado de absoluta inercia seguia ansiosamente con la vista todos sus movimientos y ademanes, que inspiraban el espanto y el terror.

»De repente se le descompusieron las facciones, cruzó las manos con tal fuerza, que descubria yo en su carne la impresion de las uñas: tenia clavada su vista á mis pies, sus venas estaban tan hinchadas, en especial hácia las sienes, que parecia iban á romperse, y su respiracion sufocada hacia un resuello que infundia miedo. Jamás habia observado tan de cerca la borrasca de las pasiones humanas: constantemente en un estado de dicha, ignoraba los terribles desórdenes á que puede abandonarse nuestra alma, y contemplaba con horror los síntomas espantosos que se presentaban á mi vista.

»¿Acaso un funesto presentimiento le habia instruido sobre la muerte de Catalina? ¿ó acababa de saber-

la en aquel instante? Despues de un rato de silencio melancólico, que presajiaba nuevos desastres, levantó los ojos al cielo, esclamando con una voz interrumpida: —»¡Ah! esto ès demasiado...: cualquiera otra víctima que no sea esta...; no he dado ya bastantes pruebas...; ¿no han caido víctimas harto queridas? ¿ha de desaparecer este modelo de su sexo? ¿ha de desaparecer para siempre, y quedar en un momento aniquilado?''

»Sus acciones y palabras me eran incomprensibles, lo mas que de ellas podia inferir es que estaba sabedor de la muerte de Catalina, y que este acontecimiento, como lo temia, hubiese enajenado su entendimiento. Cuando consideraba en el entero trastorno de las raras

cualidades que habian hecho en mi hermano el mejor de los padres, el mas tierno de los esposos, y el mas apreciable de los ciudadanos; mi corazon, á pesar de las violentas afecciones que habian paralizado su sensibilidad, se rehacia por los tormentos de la mas cruel agonía. Apenas habia tenido tiempo de reflexionar acerca de mi propia seguridad, que estaba evidentemente comprometida, ni en lo que tenia que temer del estravío de un demente, cuando veo á Vieland que se adelantaba hácia mí, que en la mayor incertidumbre no sabia á qué resolverme, ni si debia probar el huir..., cuando felizmente se oyó el rumor lejano de voces confusas. Vieland queda suspenso, y sigue aumentándose el ruido has-

ta que distinguí fácilmente pasos de los que se acercaban al parecer á mi casa. A muy poca distancia se hallarian ya, cuando mi hermano, que parecia acometido de una súbita inmovilidad, toma de un salto la puerta, y desaparece como un relámpago.

»Todo conspiraba á aumentar mi desórden y confusion: la horrible vision, el jesto espantoso, el cadáver de Catalina, el estado lamentable de Vieland, la parte que en todo esto podia tener Carvino, la repentina llegada de tanta jente en aquel lugar y hora; todas estas causas reunidas contribuian á acelerarme un anonadamiento moral, comenzando á sentir la indiferencia apática, por la cual se manifiesta de ordinario la fria y pasiva

imbecilidad. En esto oí no obstante que subian por la escalera, y de allí á poco creí vislumbrar muchas figuras que iban entrando, y se colocaban por la habitacion. Pareciome que aunque demostraban mucha satisfaccion al verme fuera de peligro, buscaban algun otro objeto. Por largo rato no pude cerciorarme si aquellas figuras, que apenas distinguia, eran como la que se me habia mostrado al pie de la escalera, ú objetos fantásticos que creaba el desórden de mi imajinacion.

»Sin derramar una lágrima iba pasando la vista por todos, hasta que por fin la detuve en uno de ellos, que me parecia haber visto ya otras veces, y recapacitando para renovar la memoria, creí reco-

nocer al señor Hallet, al amigo de mi familia, al respetable majistrado que dió á Pleyel las señas de Carvino, el cual gozaba en todo aquel pais de una grande consideracion, por su edad, conocimientos, y escelentes cualidades. Se acerca, y tomándome la mano me dice con voz baja: — »Mi estimada Clara, ¿en donde está vuestro hermano? ¿En donde está Catalina?" Yo le señalé la cama, no teniendo fuerza para responderle, y al punto se dirijió á ella con los demas que le acompañaban; y al descorrer las cortinas retrocedieron llenos de espanto, arrasándose sus ojos de lágrimas, y aun yo me conmoví mas con sus sollozos.

»Despues de un momento de silencio se volvió hácia mí, y me dice:

— »Mi estimada niña, este lugar no es para vos, confiaos á mis cuidados, y al celo de la señora Bainton, que está aqui presente. Dejad á nuestro cargo cuanto sea necesario en tan triste circunstancia. Venid, mi querida Clara, venid con vuestro amigo; yo lo era de vuestra digna madre; á mí solo toca consolar y socorrer á su querida hija. Acordaos de la confianza que tenia en mí, y con que instancias me rogó en los últimos instantes de su vida que os sirviese de padre, si algun dia os era necesario; yo se lo prometí, y este es el instante de que yo cumpla aquella promesa."

»Una memoria tan tierna reanimando mi sensibilidad me restituyó á mí misma. —»¡Ah, madre mia!

esclamé sumerjida en lágrimas, ¡si acaso habeis previsto la suerte funesta que se deparaba á vuestra hija, cuán desventurada hubisteis de morir, y cuánto agravaria el presentimiento de este suceso el pesar que os causó el fin terrible de mi padre! ¡Ah, señor Hallet, venís ya muy tarde, mi desgracia ha llegado á su colmo! Ya no teneis que protejer ni aun consolar á la hija de vuestra amiga; ya no os queda que hacer sino llorar con ella el poco tiempo que aun le queda de vivir.''

»La señora Bainton, á quien reconocí al momento, juntó sus instancias á las del señor Hallet, y aunque se reunieron para persuadirme á salir del aposento, me opuse con tenacidad. — »¿Para que

apartarme, ni hacerme salir? Si he podido sobrevivir á tanto padecer, ¿por que no he de cumplir con los últimos deberes de la amistad? ¡Ah! dejadme que llore sobre la suerte de Catalina: necesito desahogar y aliviar mi corazon á su lado; las lágrimas solo y los sollozos pueden aliviar mi opresion. Quiero quedarme, quiero tributarle por mí misma los honores funerales; quiero yo misma cubrir las facciones, que fueron por tanto tiempo la admiracion de cuantos la conocian; quiero acompañarla hasta la tumba, la cual cubriendo sus restos inanimados, no borrará jamás la memoria de las raras cualidades que se vieron brillar en ella."

»Movida no obstante por sus instancias, y reflexionando en el es-

tado de abandono en que quedaban los hijos de Vieland, á los cuales Luisa sola no podia asistir; acordándome que mi desventurado hermano necesitaba de los mayores cuidados y consuelos, consentí en dejar á Catalina para dedicarme en un todo á cuidar y consolar á mi familia. Al oir esta declaracion se redoblaron con nueva fuerza las lágrimas y sollozos de los que se hallaban presentes; mirábanse unos á otros, y despues ponian la vista en mí, manifestando tanto embarazo como afliccion. Me levanté ya decidida, y tomando de la mano al señor Hallet, me disponia á ejecutarlo, cuando aquel digno majistrado, que tanto me habia estrechado á que me apartara de aquel sitio, sintió tambien igual repug-

nancia en acompañarme. Admirada de esta novedad, le pregunté en qué vacilaba; le di á entender que Vieland acababa de dejarme; que conocia su estado; y que sabia que no pudiendo sostener su infortunio, habia perdido el juicio; añadiendo, que mientras que me animase aliento de vida, á nadie fiaria unos cuidados que la naturaleza y la amistad me imponian.

»Cuanto yo decia acrecentaba manifiestamente su dolor, hasta que por fin el señor Hallet tomó asi la palabra: — »Mi estimada Clara, creo que tengo algun derecho á vuestra confianza, y me teneis dadas bastantes pruebas; consentid, pues, en lo que yo voy á pediros. La señora de Bainton os llevará á su casa, nosotros cumpliremos con

esos deberes, que con razon os parecen tan sagrados, y ya volvereis á casa de vuestro hermano cuando esteis mas sosegada, siendo entonces dueña de obrar segun mejor os convenga. No me negueis este favor, mi querida Clara: vuestra edad, vuestro sexo, y vuestra situacion, me obligan á insistir en ello, y os quedaré tan reconocido, como si me hicierais á mí mismo un servicio muy señalado."

»Me asombraba una denegacion tan obstinada, y fijando la vista en el señor Hallet, le dije: — »¿Sus hijos, señor, están bien....? ¿Luisa está con ellos......? ¿Hay algunos amigos en la casa....? ¡Oh! decidme la verdad, os lo conjuro." — »Están bien, me respondió titubeando....; están seguros." — »No

temais, señor Hallet, hallarme cobarde, decídmelo todo.... Todo lo puedo oir.... Si vacilais, creeré que están en peligro." — »Ellos están bien." — »Pues ¿por que no he de poder ir á verlos, y llorar con ellos? ¿Por que privarme del único consuelo que me queda? ¿Por que arrancarme de un deber que reclama mi corazon? ¿Que inconveniente hay en que parta con vos y la señora Bainton los desvelos que exijen estos huerfanitos? Y aun cuando la voz pública pudiera absolverme de haberlos abandonado, ¿podria jamás imponer silencio á mi conciencia?"

»Persistia yo en mi designio, y el señor Hallet en oponerse, y su obstinacion misma me sujeria ideas aun mas funestas, y solo con la mi-

ra de aclararlas, les manifesté que consentia en pasar á Filadelfia, con tal que se me permitiese hacer unos instantes de detencion en casa de mi hermano, para abrazar á Luisa y á los niños. Al oir esta proposicion me presentaron nuevas dificultades, acabando por decirme que se los habian llevado á Filadelfia, en donde los hallaria á mi llegada. Ya no era posible mantenerme en el engaño, pues esta respuesta ponia el colmo á mis inquietudes y zozobras. —»¿Por que, les dije entonces, no me habeis anunciado desde luego esa partida? ¿Para que apartarlos de la casa paterna? ¡Ah! ¡vos me ocultais la verdad, pero no dudo de su suerte...; sé de lo que es capaz Carvino...: en efecto, están fuera de todo peligro....

¡han muerto!'' — »Ah, sí, y por desgracia es eso demasiado cierto...; han perecido á las mismas manos que su madre.'' — »¡Que! ¿todos? ¿todos?''—»¡El asesino no ha perdonado á ninguno, hasta la pobre Luisa no se ha escapado de sus golpes!''

»Permítaseme abreviar esta dolorosa escena, cuya narracion ha sido demasiado estensa, para ser tan superior á mis fuerzas. Tan espantosa catástrofe me sumerjió en el peligroso estado de que habia salido, dejendo aqui un vacío en mi memoria ocupado por recuerdos confusos, que se presentan como relámpagos en una noche obscura, de manera que he necesitado despues del auxilio de mis amigos para clasificarlos y ponerlos por órden.

»Entre tanto habia retornado por la tierna asistencia de la amistad, pero privada de todo sentimiento fuera del deseo de cebarme en mis penas, meditando toda su estension. Quise resueltamente ir á casa de Vieland, y se me hubo de permitir, viendo que habia mas riesgo en impedirlo que en consentir en mi determinacion. Llegamos, y habiendo entrado en una habitacion colgada de negro, iluminada por una lámpara fúnebre pendiente del techo, me mostraron una grande mesa enlutada y cubierta. Me acerco, levanto el paño fúnebre, y descubro tendidos los cuerpos de los cuatro niños desventurados, que rodeaban el de mi pobre Luisa. Voy estrechando uno á uno contra mi pecho aquellas for-

mas desfiguradas; todos habian perecido como su madre, todos habian sido ahogados; y ni aun hubiese reconocido á Luisa, si su edad y estatura no me lo hubieran indicado. Su tez como la azuzena y las rosas, y ahora pálida y lívida, conservaba aun las señales de la mano del bárbaro asesino. Aquella mano atroz lo habia borrado todo, y no hallaba en ninguno de sus rostros en donde imprimir el último beso. Pedí por mi hermano, y me aseguraron que estaba en Filadelfia.

»Por fin vine bien en dejarme conducir; y por el tiempo fui sabiendo de qué manera se habian hallado reunidos todos mis amigos para consolarme. No contento Pleyel con prevenir á mi familia de

que yo regresaba, á fin que fuese restituida á los mios con toda seguridad, teniendo presente de que Vieland, en el estado en que lo sabia, no era á propósito para servirme de guia y protector, habia ido en derechura á verse con el señor Hallet y la señora Baintou, y los habia obligado á que se vieran con nosotros. Les habia pintado con colores tan vivos el peligro que nos amenazaba, que ellos temiendo que sus socorros fuesen inútiles si los dilataban para el dia siguiente, se habian decidido á partir entonces mismo, seguirme á casa de mi hermano, pasar alli la noche, y despues llevarnos á los dos á su casa, en donde con su asistencia pudieran recobrarle el juicio estraviado, y con sus consejos y amones-

taciones apartarme de mis devaneos, haciendo renacer en mi corazon los principios de honor y de virtud, que á su parecer no podian haberse borrado enteramente. Al llegar á casa de Vieland supieron por sus criados el horrible asesinato que se acababa de cometer, mientras otros habian ido á buscarme. No habiendo podido averiguar en donde estaban mi hermano y su mujer, ni recibir ningunos indicios del autor de aquellos asesinatos; y hallándose informados de mi vuelta, y que de improviso habia desaparecido de casa, acudieron á la mia muy asustados, y fueron testigos de aquella horrorosa escena.

»Con tan adversos y desgraciados auspicios llegué á aquel hos-

pedaje presidida por una reputacion manchada, y tenida como la causa de la pérdida de todos mis parientes; pero fue tal la induljencia y bondad de mis nuevos protectores, que enternecidos por las penas que yo habia sufrido, creyeron que ya las habia expiado mis faltas; mas yo hubiese ignorado siempre cuan degradada estaba yo entonces en su opinion, si por el tiempo ellos mismos no me lo hubieran declarado.

»No siendo posible que yo resistiese por mas tiempo á los violentos choques que habia sufrido, caí enferma de tanto peligro al otro dia de mi llegada, que por mucho tiempo les causaron las mas vivas inquietudes mi juicio y mi vida. Pasé cuarenta dias en un delirio

espantoso, en los cuales, cuando me veia algo libre, me ponia de rodillas, y alzando las manos al cielo, le tomaba por testigo de la crueldad de Pleyel, de la maldad de Carvino, y de la pureza de mi conducta. Otras veces, creyendo ver al asesino, saltaba de la cama, como para huir de sus manos, llamando á gritos á que me socorriesen los que me rodeaban, derramando en silencio lágrimas de ternura al verme en tan deplorable estado. Desengañados por estos testimonios nada sospechosos de mi inocencia, se sintieron por fin dispuestos á hacerme la justicia que me era debida.

»Ya no contaban en que viviese mas, cuando una crisis violenta, á que tuve la dicha de resistir, me

salvó la vida. Mi convalecencia fue larga y dolorosa; pero al paso que fui recobrando mis fuerzas, recobré desgraciadamente la memoria, para sentir de nuevo las mismas penas y angustias que tanto me atormentaron, y que me llevaron al borde del sepulcro.

CAPITULO IV.

»Pasados que fueron algunos meses, en que apenas me habia restablecido enteramente, supe la llegada de mi tio materno, el cual en cierta manera se halló presente á la muerte de mi padre. Habia pasado catorce años en Europa, agregado de cirujano mayor á uno de los rejimientos de S. M. Británica, y en su seguimiento habia ido á la

guerra. Habiendo cultivado la amistad de muchos oficiales de su cuerpo, naturales de Dublin en Irlanda, se habia establecido en su profesion despues de haber dejado el servicio, y habia ya adquirido inmensos caudales. Durante su ausencia nos habia escrito con mucha exactitud, manifestándonos constantemente el mayor deseo de volver á pasar con nosotros lo restante de sus dias. Acababa de llegar para establecer este proyecto, y al entrar en Filadelfia supo todos los desastres que habian oprimido á su familia.

»Me anunciaron su vuelta con muchos rodeos; mas yo deseando con ardor el verle, pregunté por él con instancia, pues á los motivos ordinarios que me le hacian

desear, se añadia otro mas urjente. Desde mi restablecimiento habia exijido varias veces noticias de mi hermano, sin haberme satisfecho jamás, y cuando manifestaba mi estrañeza y admiracion por no haberle visto en todo el curso de mi enfermedad, no me daban sino respuestas vagas é insignificantes de que continuaba en tener trastornado el entendimiento, y que no era posible hablarle en la situacion en que se hallaba; de modo que ni aun habia podido averiguar en que casa estaba en Filadelfia. Ignoraba igualmente si habian prendido á Carvino, si le habian castigado; y á juzgar por las respuestas con que evadian mis preguntas, y al ver que se habian concertado en mantenerme en una absoluta ignoran-

cia, me habia decidido á emplear otros medios para averiguar la verdad.

»A esta sazon llegó mi tio, y poco despues me permitieron que le viese. Cuando se me presentó en la habitacion, quise arrojarme á su cuello para abrazarle, y no pude sino hincarme á sus pies. Reconocí aquellas facciones que desde mi infancia estaban tan grabadas en mi memoria, pero que los años y los trabajos habian alterado notablemente. Me levanto, me recibe en sus brazos, y lloramos juntos. Procuró mantener estas lágrimas saludables, fomentando una dulce sensibilidad con sus consuelos y demostraciones de ternura. Me dijo que habiendo llegado nuestras desgracias al último período, solo de-

bíamos contar ya con una mudanza ventajosa; que habia en el infortunio una medida; que si la Providencia queria que hubiésemos ya llenado en tan poco tiempo, sin permitir que sucumbiese, era porque sin duda me reservaba algunas compensaciones; que por su parte estaba decidido á vivir y morir á mi lado, á que le tuviese en lugar de padre y amigo, y si las grandes riquezas podian proporcionarme grandes consuelos por la facultad de hacer mucho bien, las acrecentaria todavía agregando sus bienes á los mios, asegurándome desde entonces la posesion de cuanto tenia, con lo que quedaba la mujer mas opulenta de la colonia. »Vivid, pues, mi querida Clara, para hacer á otros felices, enjugando sus

lágrimas; demasiado habeis esperimentado lo que cuesta el derramarlas. Dejaremos, si asi os agrada, esta provincia; venderemos todos los bienes de familia, que nos renovarian recuerdos muy dolorosos, y los emplearemos en otra parte, y de la manera que mas os acomode; nos formaremos ocupaciones que sean análogas á vuestros gustos; emplearemos á los pobres en desmontar y mejorar el terreno, y sacando de la esterilidad una porcion de tierra, salvaremos á algunos desgraciados de la miseria y del vicio."

»¡Digno hermano de la mejor de las madres! ¡cuan bien conocias y apreciabas mi corazon cuando para reanimarle y consolarle de la dicha que habia perdido, le presentaste la esperanza de contribuir á la de

los otros! Le abracé con ansia, porque jamás nos sentimos mas dispuestos á mitigar las penas de los desdichados, que cuando nos oprimen á nosotros, haciéndonos por el contrario insensibles y duros una felicidad no interrumpida. Me alenté á sondear y examinar con mi tio en toda su estension la série de infortunios de mi familia, y de suceso en suceso llegué á la terrible catástrofe en que peligró mi vida.

»Quejándome entonces de la ignorancia en que me habian tenido sobre la suerte de mi hermano, le pregunté si habian prendido al asesino de su mujer y de sus hijos, y si habia recibido el castigo que merecian sus maldades. — »¡El asesino! ¿acaso le conoceis?" — »¡Ah!

demasiado le conozco, pues yo había de ser su víctima. Si en mi lugar inmoló á Catalina, es porque creyó que asi ella como mi hermano me habian estorbado y disuadido de que acudiese á la cita, y pensando hallarme en su casa, fue sin detencion, é implacable en su venganza sacrificó á sus desgraciados hijos.'' — »Segun veo no conoceis al criminal de muertes tan atroces, porque entonces estariais lejos de desear que pereciese en el cadalso.'' — »¡Ah! ¿podeis pensar que ese forajido me inspire en efecto ningun interes?'' — »Veo con claridad que os obstinais en tener á Carvino por el asesino.''— »Y ¿como no tenerle por tal y acusar á otro?'' Entonces le referí circunstanciadamente cuanto me habia

pasado con Carvino, manifestándole cuanto sabia, y los motivos que me autorizaban á tener esta opinion. — »Aunque Carvino, dijo mi tio, sea un grande criminal, y que le persiga la espada de la justicia, es cierto que á lo menos directamente no ha sido él el asesino de los vuestros. Si se hubiera podido prenderle, se hubiese logrado aclarar los misteriosos acontecimientos que han causado tanto mal, dejándonos con su fuga en la mas profunda obscuridad acerca de todos estos hechos." — »Mas ¿como no se ha de tener por autor de este nuevo atentado á un hombre ya familiarizado con todo jénero de delitos? Si no los ha cometido directamente, á lo menos los ha promovido; y el señor Ha-

llet, que no habrá omitido todas las pesquisas, ciertamente habrá recojido todas las noticias necesarias. ¡Ah! hacedme el gusto de comunicármelas; jamás estaré tan dispuesta para escuchar unos sucesos de tanta afliccion, y tengo bastante derecho de conocer la verdad á las claras."

»Aqui mi tio se levantó, y paseándose con perturbacion por la sala, sufria una suma ajitacion y embarazo. Al fin se paró, y fijando en mí la vista como para asegurar si podria sin detrimento de mi salud esplicarse mas abiertamente, me habló asi: — »Carvino bien ha podido ser el autor de este crímen, pero ciertamente no ha sido el ejecutor..... El asesino es conocido.....: está presó." —

»¡Gran Dios! ¡que me decís! ¿Que otra mano que la suya ha podido cometer esta atrocidad?" — »Solo la demencia mas deplorable ha guiado al asesino. Preso, convicto y juzgado, lo ha confesado todo; y en el momento en que os hablo está todavía sepultado en un calabozo, y cargado de cadenas." — »Pues ¿quien es? ¿en donde le han prendido? ¿como le han descubierto? ¿como se ha logrado convencerle?" — »Lo ha sido por su propia declaracion, confirmada por el testimonio de un criado, que ya llegó muy tarde para salvar las víctimas que acababan de espirar. Estando la justicia ocupada en redactar las informaciones, entró improvisamente el asesino de su propio movimiento, publicó en alta

voz su crímen teniéndolo á honor, y él mismo se entregó en manos de los jueces. Habiendo comparecido despues ante el tribunal, á presencia de una multitud innumerable, que un acontecimiento tan estraordinario habia llamado de todas partes, se defendió á sí mismo justificando su crímen, y teniéndole por accion meritoria á los ojos de los jueces y del jentío que se habia congregado.''

»Estreché á mi tio á que le nombrase; pero viendo su silencio me entregué entonces á mil conjeturas, sin poder fijarme en ninguna. Reiteré mis instancias, preguntándole si habia yo visto alguna vez á aquel delincuente, ó si sola una atrocidad fria y desinteresada era la que habia armado su brazo; y

me respondió mi tio despues de una pausa: — »Clara, yo solo os conocia de oidas, pero estoy convencido de que os han hecho justicia, porque manteniéndoos pura é irreprensible, lejos de haber cooperado á estos desastres, no tememos descubriéndoos sus circunstancias aumentar vuestras penas con el pensamiento de haberlos podido ocasionar, ni por imprudencia, ni aun involuntariamente. Y ¡que otra que Clara, que otra que una mujer tan virtuosa hubiera tenido valor para superar tantos pesares é infortunios! ¡Quereis conocer al asesino, su designio y sus motivos! Jamás, Clara, se os pondrá delante para que le mireis, á menos que ayudado de una fuerza sobre hu-

mana logre romper las cadenas y escaparse. ¡Ah! no deseeis jamás verle, porque á pesar de todo vuestro ánimo no podriais soportar su vista. En el discurso del proceso ha manifestado la inalterable tranquilidad de una conciencia sin mancha: diré mas; ha manifestado el entusiasmo que acompaña á las acciones mas heroicas; ha movido á los jueces con su elocuencia, y ha dejado á todos los que le oian absortos y horrorizados al escuchar que justificaba un crímen con los argumentos que se emplean para ensalzar las obras mas meritorias. Habiendo pronunciado esta estraordinaria defensa, la entregó en el juzgado, y despues se ha impreso con todos los documentos de este

espantoso proceso. Aqui la teneis, tomad fuerza para leerla, y os dejo sola por algunos momentos.''

CAPITULO V.

Estracto del proceso.

Teodoro Vieland, hallándose presente en la barandilla de este tribunal, intimado para que se defienda por sí mismo, ó por sugeto de su confianza, se levanta, pide con toda calma se le alivie de las esposas que le oprimen las manos; se le atorga la súplica, y al verse suelto da una mirada tranquila y sosegada por el numeroso auditorio que le rodea, y dice:

»Yo mismo tomaré á mi cargo la defensa. ¿Acaso para esto necesito

de socorro alguno? ¿Necesito finjir ó alterar la verdad? ¿No debo por el contrario proclamarla ante el universo entero, y presentándola á las claras, hacer triunfar, no diré mi inocencia, sino los principios que me han conducido á la accion mas digna de elojio? ¿Para que, pues, estoy aqui? ¿Para que estos grillos? ¿A que esta muchedumbre de desocupados y curiosos? ¿En mi modesta humildad he buscado està celebridad? ¿Por que merezco llamar la atencion, sino tengo otro mérito que haber anticipado á las prendas de mi corazon el momento de dejar esta tierra de dolores? ¡Ay! ¡harto cara he pagado la felicidad! Mas yo tambien seré feliz, y ya se acerca el dia de mi ventura."

Solicitad, y alcanzareis sin duda, como yo, la preciosa distincion que os conducirá á recibir un dia la palma del martirio.

»Me llamo Teodoro Vieland; soy un hacendado y natural de Metinjen, bastante conocido de mis jueces, y de todos los habitantes de la provincia. Nada tengo que deciros acerca de mis costumbres, conducta é índole, pues todos sabeis que he sido buen esposo, padre tierno, amigo fiel, y ciudadano celoso. No obstante me veo tratado como un criminal, acusado de haber arrancado perversamente la vida á mi mujer y á mis hijos, y haberlos asesinado con la mayor indiferencia, con la sola intencion de deshacerme de ellos. ¿Reconoceis en esto á Vieland? ¡Oh! segu-

ramente no; y vuestro asombro mismo sirve á justificarme. ¡Todos han perecido á mis manos! ¿Que quereis saber mas? ¿Que me queda que deciros? ¿De que tengo que disculparme? ¿Quienes sois vosotros para exijirme una justificacion que me es indecorosa? ¿Merezco castigo por haber querido hacerlos dichosos? Oireis, empero, mi historia, y juzgareis si jamás hubo esposo mas tierno, ni padre mas cariñoso; y ¿debia esperar á ver llorar lágrimas de sangre á mi esposa y á mis hijos? ¿No debí evitarles amargas desventuras, y quizá un fin desastrado?

»Sí, lo repito, conoceis al que se os acusa. Su cunducta hasta aquí ha estado libre de toda censura; jamás hasta el momento de su des-

truccion, ni mi mujer ni mis hijos derramaron una sola lágrima que no me apresurase á enjugarla; jamás se les ha escapado un suspiro, que no procurase inquirir la causa para reproducir en sus labios la sonrisa de la felicidad. He amado con respetuosa veneracion á mi desventurado padre y á la mas tierna de las madres; y despues de su muerte he llenado los deberes de un buen hermano con una hermana, que he amado, considerando que debia llenar su lugar. He sido honrado é íntegro; fiel á mis palabras y promesas; benigno y humano con los pobres, y he procurado consolar á los desdichados, no sintiendo deleite mas vivo que cuando he podido hallar una ocasion de serles útil.

»¡Cuanto sufro al verme precisado á hacer resonar los tribunales con mi elojio, pues Dios me es testigo, que lejos de envanecerme con estas cualidades, solo las publico para ponerlas en oposicion con los crímenes que se me vitupera. Dios igualmente me es testigo que no tiene parte en esta declaracion ningun sentimiento de orgullo ó vanidad, pues estoy tan distante de ello, que confieso y declaro que semejante conducta en otro á quien no impulsasen los motivos que á mí me han movido, seria reprensible y atroz: en mí, al contrario, ha sido un acto de humanidad; ¿que digo? el último esfuerzo del cariño conyugal y del afecto de padre. Retirad, pues, estas cadenas, estos grillos; dejad de

creerme destinado á una muerte ignominiosa; restituidme la libertad; respetad mi sublime entusiasmo, y dejadme esperar el momento dichoso en que debo abrazar de nuevo, libre de mortales lazos, á mi esposa, á mis hijos; y gozar á par de ellos de la felicidad y del tierno agradecimiento que me mostrarán sus almas reconocidas.

»Escuchad, y desengañaos. Habia recido de la mano de la benéfica Providencia una mujer anjelical y cuatro graciosos niños, entre quienes repartia igualmente toda mi ternura, y como la misma Providencia me los ha pedido, he debido volvérselos. Una mujer interesante por sus desgracias y horfandad, educada por nosotros, y haciendo parte de una misma fa-

milia, no he creido que debia separarla, porque quedando sola hubiera vivido desgraciada, y hubiese constantemente llorado á los suyos; asi debia seguirlos para su dicha, y yo le he prestado un servicio muy señalado, aumentando todas estas circunstancias el mérito de mi sacrificio.

»¿Parece que os sobrecoje el oirme? ¿Ni uno solo levanta la voz en mi favor? ¿No os postrais de rodillas penetrados de un santo respeto? ¡Ah! ¡bien veo que estais muy lejos de comprenderme! ¿Que? ¿necesitais todavía que os convenza de que mi corazon habia sido inaccesible á las pasiones que degradan al hombre? ¡Bien! persistid en vuestra ceguedad, continuad en llamarme malvado y asesino, lle-

vadme al suplicio, que subiré con ansia, y muriendo con gloria, no cesaré de aplaudirme hasta mi último pensamiento.

»Desde mi infancia ha sido la muerte misteriosa de mi padre el objeto de todas mis meditaciones y de todos mis pensamientos. Me he creido asi como él destinado á algun misterio importante, y me propuse ser mas obediente, para evitar su castigo; pero al mismo tiempo me sentia sobrecojido de un temor invencible, pareciéndome que toda mi familia debia padecer horrorosas desgracias, y perecer miserablemente. ¡Dios mio! por fin son felices; terminaron sus sufrimientos, y mi corazon ya no teme ningun mal.

»Aguardaba con impaciencia se-

ñales seguras de mi destino, y de la suerte que se preparaba á mi mujer y á mis hijos; todo lo interpretaba con este designio, todo me parecia anuncio de funestos acontecimientos; mas una larga sucesion de dias serenos, en que disfruté de todas las delicias que puede gozar un padre en el seno pacífico de su familia, habia en alguna manera calmado mis temores, y ya empezaba á descubrir un horizonte mas claro y despejado para el resto de mi existencia. Entonces, ¡ay! entonces precisamente tocaba el punto en que debian comenzar los fatales avisos, los acontecimientos prodijiosos, que decidieron de mi suerte y de todo lo que amaba en el mundo. Cercáronme ajentes invisibles, que ora valiéndose de la

voz de Catalina, me anunciaban que aquella criatura perfecta y pura estaba destinada á un sacrificio cruel, ora sin hacerse oir me presentaba á todos los mios sumidos en la mas horrenda desgracia. Sin embargo, aquellos primeros avisos no obraron todo el efecto que parecian exijir. Fluctuando entre la zozobra y la esperanza, temia encontrar con el error, buscando la verdad, y de cada dia me hacian mas desgraciado estas incertidumcres y dudas. Se apoderaron de mí el desaliento y la inquietud; llegaba á recelar que viviria y moriria como mi padre, acumulándose sobre sus iniquidades el peso de las mias propias. Los prodijios se reiteraban, y los ajentes maravillosos no se cansaban; mi corazon ya no

bastaba á tantas conmociones; mi familia desventurada en la seguridad de la inocencia, me hacia estremecer, y las caricias de mis niños, la amable bondad de Catalina mi esposa, la ternura de cuantos me rodeaban, mirándome como su protector, y como el objeto de todos sus afectos, eran para mí unos tormentos horrorosos: representábalos mi imajinacion improvisamente sobrecojidos de un accidente espantoso, que no acertaba siquiera á discurrir, y pereciendo entre los mas acerbos dolores y la mas larga y cruel agonía; ¿y yo habia de presenciarlo? ¿yo veria su desesperacion? ¿yo les oiria acusar á mi padre, y á mí mismo de haber atraido sobre sus cabezas la maldicion? Gracias te doy,

ó corazon sensible é intrépido, que tuviste valor para ahuyentar con un sacrificio difícil tan funesto espectáculo de mi vista; tú sabes si he vacilado un momento; tú sabes si mis párpados se han humedecido con una sola lágrima desde el instante en que con jeneroso sacrificio liberté á aquellas amadas víctimas de los tormentos que las amenazaban.

»El dia que mi hermana volvió de Filadelfia le pasé todo en el dolor y las lágrimas. Consideraba las penas que mi querida hermana sufria como parte del castigo que mi tibieza iba á acarrear á mi familia. Puesto de rodillas, con las manos alzadas al cielo, pedia á Dios que no me abandonase, asegurándole que cualquiera que fue-

se su voluntad, me sentia con ánimo de cumplirla. Advertido de la llegada de mi hermana, la aguardaba con sosiego sentado al lado de Catalina, que habia acostado á los niños. Como era tarde temia que le hubiese sucedido algun fatal accidente en el camino. Y á la verdad tenia que temer con ella las empresas de un intrigante llamado Carvino, que inconsideradamente habia admitido en mi casa, y que despues fue requisitoriado por la justicia como un grande criminal. Me decido á ir con Catalina á salirle al encuentro hasta donde junta el camino que lleva á su casa; y habiendo llegado, quiero proseguir el otro camino que va á Filadelfia; pero mi mujer, que tiempo hace se sentia indispuesta, prefiere

aguardarme sentada en un banco á la orilla del camino. Iba ya á dejarla, cuando me dijo que le parecia divisar luz en casa de Clara, y que tal vez habria bajado á tomar alguna cosa antes de venir, con lo que me empeñó á ir por ella mientras me aguardaba en aquel sitio.

»Vine bien en ello, y tomé la senda que conduce á Metinjen. Fija la vista con la mayor atencion hácia donde paraba la casa, no descubria ninguna luz, por lo que creyendo que Catalina se habria engañado, proseguia acalorada la cabeza por los objetos que con tanta vehemencia me habian ocupado durante el dia. Llevado por mi imajinacion, ya me paraba, ya me desviaba y perdia el camino, que

con dificultad volvia á hallar cuando volvia en mí. Iba caminando ocupado mi pensamiento en los acontecimientos que habian perturbado la tranquilidad de mi familia; pero siendo todavía un esposo y un padre dichoso, mi corazon palpitaba de reconocimiento al autor de tantos bienes, siempre temiendo los efectos de una indignacion, en que temia haber incurrido toda mi familia. Para preservarme renové en aquel instante la promesa de mi absoluto rendimiento y ciega obediencia, con lo que me sentí un nuevo hombre. *Mi alma y todas mis facultades parecieron engrandecerse y dilatarse, y de repente me creí superior á mí mismo.* ¡Dios mio! esclamé dirijiendo los ojos al cielo, dígnate, si es po-

sible, apartar de mí tan cruel pena. Compadécete de este mortal flaco y desventurado, y estiende sobre mi esposa, sobre mis hijos, sobre mi hermana, y sobre cuantos me rodean, tu diestra poderosa; cúbrelos con tu proteccion soberana, y sálvalos del mal en esta vida y en la otra futura. Y si es preciso una víctima, si tales son los crímenes de mi triste linaje, que creo ha de apurar para expiarlos hasta las heces el cáliz del dolor y de la tribulacion, caiga sobre mí todo el peso de ellos, y humilde y resignado no saldrá siquiera de mi labio el acento de un jemido; sufriré, y adoraré en silencio.

»En estas disposiciones me hallaba cuando llegué á casa de mi hermana, en la que no vi luz en

ninguna de las habitaciones, y todo estaba cerrado. Di la vuelta por las espaldas de la casa para asegurarme antes de volverme por el mismo camino, si la puerta del jardin lo estaba igualmente, y la hallé abierta. ¿Quien podia haberla dejado asi? ¿Que debia pensar? ¿ Luego no se habia engañado Catalina creyendo divisar la luz? Alguien debia haber entrado, y yo debia asegurarme. Entro, me pongo á escuchar, y todo estaba en silencio; me adelanto con circunspeccion, rejistro los cuartos bajos de la casa, y no hallo á nadie. Paso adelante, subo, llego á la habitacion de mi hermana, la recorro; el mismo silencio y la misma quietud. No podia hacerme cargo de que se hubiese podido quedar abier-

ta la puerta del jardin; y reflexionando en esta circunstancia, iba á bajar para juntarme con Catalina.

»La obscuridad me obligaba á ir con mucho tiento. Buscaba el pasamano de la escalera, y al estender el brazo hirió mis ojos una claridad tan viva como relumbrante. Todo el portal se llenó de improviso de un resplandor que me obligó de pronto á cerrar los ojos, cubriéndolos con las manos. Atemorizado y aturdido, mi sangre se me heló en las venas; la efusion de aquella luz iba siempre en aumento, y difundiéndose como un torrente, me revistió luego por todas partes.

»¡Ah! esclamé entonces, ¡llegó el momento! ¡el momento temido! ¡el momento inevitable! ¡Triste

Vieland! ¡presto vas á ver descender el castigo horrible que tanto tiempo estuvo suspendido y amenazando á los tuyos! ¿Como he de hallar yo espresiones para esplicar ó describir el espectáculo maravilloso que entonces se ofreció á mi vista? En medio de un resplandor vivísimo, que apenas podian mirar mis ojos, descubrí un rostro luminoso cubierto de un velo azul, que caido por un lado no dejaba ver sino una parte. Una influencia maravillosa se difundió á mi rededor, vinieron á regalar mi olfato los perfumes mas esquisitos, y al mismo tiempo oí una voz dulce y melodiosa que me decia: —»No hay mar tardar ya, Vieland; los delitos recibirán su castigo; ya no te es dado evitarle: prepárate al sa-

crificio, á ver rotos todos los vínculos que te unen á los tuyos; pruébame tu obediencia, tráeme al instante una persona que te es muy querida.

»Y se oyó el golpe mas violento; entonces cesó la voz, y desapareciéndose el rostro, desvaneciose la claridad, y quedé envuelto en las mas densas tinieblas, no quedando de aquella vision sino el olor delicioso que habia embalsamado el aire. Sentime transformado oyendo aquellas voces, mi cabeza se abrasaba, mi corazon se rompia, y mis ojos áridos no derramaban una sola lágrima.

»Bajo con dificultad, y saliendo de la casa, recorro aceleradamente los alrededores penetrado de sentimiento y pavor, y descubro á

Catalina que se salia por el jardin á toda prisa. ¿Quien ha llamado á la puerta? le digo enajenado. — »Yo soy, me responde, que venia á ver si aun estabais aqui, y como no respondiais creí que os habiais vuelto, y me encaminaba ya á mis hijos.'' — »¡Vos habeis llamado...! esclamé. ¡Sois vos....! ¡infeliz! *ya estoy ilustrado sobre mi deber...''* — »¿Que teneis? ¿Sufris alguna violenta ajitacion....? ¿Has visto á alguno en esta casa?'' — »¡Oh! sí....; he visto, he oido....; ya sé lo que me queda que hacer....; esperad, necesito recojer mis ideas, necesito tomar fuerzas.'' Me separé un poco, y me puse á reflexionar sobre lo que acababa de suceder, y recordé que el mismo ser misterioso, valiéndose siempre de

la voz de Catalina, habia señalado su destino : la designaba de una manera precisa, como la víctima primera sobre quien iba á caer el furor del ajente invisible que acababa de hablarme. ¿Quien podia libertarla, cuando el poder de aquel ajente la obligaba á venir por sí misma en el instante que acababa de reclamarla su tremenda voz? Ya se me habia advertido que me preparase á los mayores sacrificios, á romper todos los vínculos que me unian á los mios; luego estaban indicadas con la mayor claridad el sacrificador y las víctimas. ¡Santo Dios! ¡que horror se apoderó de mí! veia ya ir llegando sucesivamente á aquella funesta mansion á mis inocentes niños, á mi hermana querida, á la sensible Luisa,

y perecer en horrorosos y largos tormentos abrasados como mi padre con el fuego devorador que aquel jenio maléfico lanzaba sobre ellos; y ¿yo habia de presenciarlo? ¿y habia de sobrevivir? No, no soy capaz de decir lo que pasó en mí en aquel momento, el furor, el pesar, la indignacion, la piedad, guerreaban en mi pecho; el occéano ajitado en una tormenta deshecha, es menos terrible, y está mas tranquilo.

»Catalina estaba llorando, me acerco á ella, y le pregunto la causa. »¡Ah! me respondió, lloro por vos, lloro al veros tan trastornado; esa vuestra ajitacion me sobresalta. Creedme, esposo mio; volvamos á casa, y recobrareis el sosiego...." Pero yo la así con fuerza, dicién-

dole: — »Los momentos son preciosos; es inevitable...; no os opongais...., ni con preguntas....; seguidme...." Y probé á llevármela, y con mi obstinacion se acrecentó su desasosiego. — »¿Que os ha sucedido? ¿Adonde quereis llevarme?" Su voz que siempre habia conmovido mi corazon, me desarmaba y aun me enternecia, y hube de hacer el mayor esfuerzo para recobrar la firmeza necesaria á tan terrible sacrificio. *La idea de las crueles agonías que le esperaban me restituyó el valor*, y hube de emplear la fuerza para hacer que me siguiera." — »Habeis de venir en el momento conmigo."— »¡Gran Dios! ¿adonde quereis que vaya? ¿cual es vuestro designio? ¿habeis visto á Clara?" — »Venid...., ve-

nid, y lo sabreis." — »¿Está enferma? ¿le ha sucedido alguna desgracia? Por Dios, sacadme de cuidados. ¿En donde está?"

»A pesar de toda su resistencia me la llevé conmigo á la casa, y sin responder á sus preguntas, me mantuve en aquel desórden moral que apartando toda otra idea, de la que yo queria conservar, me hacia insensible á sus ruegos y lágrimas. Aceleré mas el paso para acortar un camino que me era tan doloroso, y en medio de la obscuridad dimos con la puerta; y entonces, dando un suspiro, esclamó: — »¿Para que quereis entrar, si acabais de salir, y no habia nadie....? No, amigo mio, no entraré...." Mas yo sin responder palabra, como enmudecido, la impedí

á que entrase; cierro la puerta y el cerrojo á pesar de todos sus esfuerzos. *Con esto la víctima habia llegado al lugar en que debia ser sacrificada.* La suelto entonces, y apretándome con violencia las manos contra la frente, me puse á recapacitar con ahinco sobre aquella terrible situacion; y lejos de cobrar ánimo, mas se anonadaba paralizando mi brazo. Imploré el auxilio del cielo; pero todas mis súplicas fueron infructuosas.

»Sacome de mi letargo la voz de Catalina, que me instaba que le dijese á qué habíamos entrado, ó qué habia sucedido á Clara. ¿Que podia responderle? Todas mis frases eran vacías de sentido é inconexas; eran sonidos mal articulados. Sus temores llegaban á lo su-

mó, siendo el objeto de su desasosiego yo y mi hermana, á quien suponia hubiese sucedido algun fatal accidente. Me tomó apretadamente la mano, esclamando acongojada: — »¡Ah! decidme: ¿en donde está? ¿que se ha hecho? ¿que le ha sucedido? ¿está en su cuarto? A lo menos permitidme que suba; no me falta ánimo para verlo y saberlo todo.'' A estas palabras se renovaron mis primeras resoluciones, creyendo que en otra parte tendria mas ánimo de ejecutar lo que tanta repugnancia sentia de hacer en aquel sitio. Consentí en lo que me proponia, y le dije que subiésemos. — »La obscuridad me da miedo, encendamos luz antes.'' —»Pues daos prisa á buscarla, aqui os aguardo.'' Y entro con temor

en mi gabinete, en donde estaba lo necesario para tenerla. Entre tanto recorria con ansia el portal; vagaba sin saber lo que hacia por la habitacion; bajaba otra vez; erizábaseme de horror el cabello, vacilaba, resolvime; por fin me determino en un momento de espanto, de frenesí, de amor á mi esposa: en un momento, cual jamás le dió el cielo á otro mortal, en que yo mismo no me conocia, arrebatado de un torbellino de afectos encontrados é inesplicables...., y no obstante temblaba, y corrian por mis mejillas lágrimas de fuego que las abrasaban.

»En esto se me presentó Catalina llevando la luz que debia alumbrar el sacrificio; aparto la vista callando, y le hago señal para que

observe el mismo silencio, temiendo oir una voz, cuyo acento portentoso me privaria desde luego de la firmeza con que necesitaba obrar. Subimos al cuarto, pone la luz en la mesa, mira por todas partes, descorre la cortina de la cama, y queda atónita de no encontrar á nadie. Se pone á mirarme con mayor reflexion, y permitiéndole la claridad leer en mi semblante lo que no habia podido observar hasta entonces, mudaron sus temores de objeto. — »¡Vicland! me dijo con voz trémula: ¿que os sucede.....? ¿que puedo hacer por vos....? Dejemos esta casa....; veníos con vuestra Catalina." La miré contra mi voluntad, y su vista me desarmó. Me tapé los ojos por no verla, y solo le

respondia con jemidos. Entonces me tomó la mano, aquella mano que iba á inmolarla, la estrechó contra sus labios, y despues, poniéndola sobre su corazon, le sentí como latia con violencia. — »Querido esposo, mi tierno amigo....; ¡ah....! decidme la causa de vuestras penas ...; ¿no merezco yo tener parte en ellas? ¿no soy vuestra Catalina?''

»Aquello ya era demasiado; me desprendí de sus brazos, retirándome al estremo del aposento; y en aquel punto se decidió mi suerte. Levanto la cabeza, y pareciome que veia de nuevo el semblante resplandeciente de aquel ser de destruccion; mas al punto desapareció, y volviéndome á Catalina le dije estremecido: ¿le has visto?

¿viste...? ¡muerte...! ¡sacrificio...! ¡oh, dolor....! dejando mi mano entonces se apartó un poco, y lanzándome una mirada llena de inquietud, acompañada de lágrimas, cruzadas las manos en ademan de desesperacion, esclamó: — »*¡Ah, Vieland! asi yo me engañe.... ¡Que funestos presentimientos....! ¡Gran Dios! ¡os hemos perdido yo y vuestros hijos!*" Y continuó mirándome con la esperanza de hallar en mis facciones algun rayo. — »No, no, esclamé yo con violencia....: ¡infeliz! no puedo salvarte....; ya no eres mia; la mano inicua de un jenio cruel se ha estendido sobre ti.... ¡Catalina! ¡Catalina....! es preciso morir...." — »*¿Que decís?* repuso con terror, *¿para que hablais de muerte*....."

Reflexionad bien.... ¡Ah, Vieland! recobrad vuestra razon estraviada....: escuchad la voz de la que tan de veras os ama..... ¿A que he venido yo aqui....?'' — »Ese jenio enemigo os ha conducido...: ¡ah! presto llegarán otras víctimas....: ¿por que os he de entregar á sus manos....? ¿por que os he de ver sufrir dilatados y horribles dolores....? ¡no puedo salvaros....! mas yo os los evitaré, yo os daré la felicidad...., y yo solo seré feliz.''

»La agarré con mi brazo vigoroso, hizo inútiles esfuerzos para escaparse, y no pudiendo lograrlo, cayó á mis pies sumerjida en llanto. — »¡Ah, Vieland! vos no podeis querer la muerte de vuestra Catalina; de aquella que no cesa de prodigaros pruebas del mas

tierno cariño; de la que jamás habeis tenido que quejaros; que incesantemente se ha ocupado en en vuestra dicha; que no ha vivido ni quiere existir sino para vos... No arrebateis una tierna madre á vuestros desventurados hijos.....; no mancheis vuestras manos con un asesinato, con que desconocerian á un padre..... ¡Ah! no, no os hago ruegos por mí....; ¡no para salvar una vida que os he consagrado, y que daria por vos, sino por impedir que cometais un crímen, y sufrais sus crueles remordimientos...! ¡Amigo mio! ¡esposo mio....! ¡Ah! ¡ya no os reconozco....! ¡Que furor se os ha apoderado....! ¡Perdon....! ¡perdon...! ¡per....don!"

»Mientras pudo articular una pa-

labra, me pidió por la vida, imploró mi compasion, y me dió muestras de su amor; y aun cuando se le estinguió la voz, sus ojos espresaban lo que no podia pronunciar, y en su última mirada se distinguia que amaba su verdugo, y que le perdonaba su muerte. ¡Ay! ¡hubiese querido acortar sus dolores y su padecer! Tres veces mi mano trémula, que flaqueaba, permitiéndote un aliento, te restituyó á la vida. ¡Horrible espectáculo! Yo vi aquellos ojos hechiceros que inspiraban tanto amor, saltar amortiguados de las órbitas; vi aquel rostro celestial horrorosamente desfigurado..... Todo indicaba la horrible agonía que te hice sufrir! te la hubiera escusapo....; pero ni aun acero tenia con-

migo....., y ni podia dejarte, ni estaba ya en mi mano sacarle del sitio donde te arrastró tu funesto destino... Padecí tanto como tú...; mi debilidad prolongó tus dolores....; tú, empero, me perdonas, y cuanto mas largos y mas penosos fueron mis combates, mas aprecias el sacrificio que hice por libertarte de agonías mil veces mas amargas.''

»Levanté del suelo aquel cuerpo inanimado, y le puse en la cama. ¡Catalina ya no padecia, era del todo bienaventurada! Desde las moradas celestiales disfrutaba de mi sacrificio, con que le habia anticipado la época de los goces celestiales á que sus virtudes la hicieron acreedora. ¡Cuanto me debia! mientras que yo quedaba condenado á

seguir vejetando en la tierra condenado á eterna soledad, y aguardando sin consuelo el fin de mis dias; pero yo veré á mi familia..., sí, la veré pronto....; ya se aproxima el momento..... Enajenado en una situacion inesplicable, me puse, segun me acuerdo, de rodillas, con risa convulsiva, cruzadas las manos, y dirijiendo tiernas y fervorosas miradas al cielo, do creia ver entrar triunfante aquella alma inocente y pura.... Esta idea me exaltó de nuevo, me acordé de que la desgracia amenazaba á mi familia entera.... La funesta luz, y la voz horrenda de aquel ser invisible, impresos en mi fantasía, me perseguian por todas partes, amenazando destruccion y muertes espantosas; en vano cerraba los ojos,

en vano cubria mis oidos con las manos, la luz, la voz, resplandecian y resonaban como si se me comunicasen por un sentido interior, como si aquella imájen fuese ya todo mi ser.

»Con este pensamiento salgo aceleradamente, y vuelo á mi casa, que estaba abierta y abandonada, y no encuentro á nadie. Subo, y veo á mis hijos y á Luisa sepultados en un profundo sueño. ¡Duermen....! Oye, ¡duermen! ¡inocentes! ¡ah! ¡no conocen los tormentos que los amenazan! ¡duermen! ¡ah, sueño venturoso....! no veré correr su llanto, no observaré sus angustias...., no padecerán...., y despertarán suavemente á la vida de la virtud y de los goces inalterables. Asi espiraron Luisa y mis

hijos sin dar un jemido; asi frustré los anuncios del jenio perseguidor de mi linaje. En vez de las ansias rabiosas que les preparaba, disfrutan de la eterna ventura; gracias á mi esfuerzo, á un sacrificio de amor, de que ningun otro hombre es capaz. Me quedaba una hermana....; ella debia seguir la suerte de mi familia, pues de todos los que la componian yo solo debia quedar en la tierra.

»Al salir se me presenta un criado, y me dice que mi hermana habia llegado, y que estaba en casa. Le enseño las víctimas, manifestándole, para prevenir todo error, que habian perecido á mis manos; y parto precipitadamente á casa de Clara para reunirla á los suyos. Desde lejos descubro una luz, no

habiendo yo dejado ninguna: »¡Clara! ¡Clara! esclamé fuera de mí; ¿eres víctima de ese jenio cruel? ¿tú sufrirás las penas de todos? Me apresuro, subo con anhelo, y al entrar en el cuarto encuentro efectivamente á mi hermana. Leo sus miradas, y la veo derramar amargas lágrimas; habia visto el cuerpo de Catalina, y lloraba su suerte. Su acerbo dolor conmovió por un instante mi resolucion; pero bien pronto recobré mi entereza. Conocia su valor, y la resistencia que opondria, y que lejos de resignarse, no omitiria nada para sustraerse de su suerte. No importa, me adelanto firmemente resuelto á darle la muerte, y de improviso oigo ruido....; escucho con atencion, y no me queda duda de que

se acercaban á la casa muchas jentes, y que iban ya á entrar. Precisado por entonces á diferir la ejecucion de mi proyecto para otro momento mas favorable, me apresuré á salir antes que me vieran, y á apartarme aceleradamente.

»Me fui á esconder en los bosques, en donde pasé dos dias en un estado inesplicable, y despues volviendo á Filadelfia supe que se habian llevado á Clara unos amigos, y que por consiguiente quedaba inaccesible á todas mis tentativas, y segun la relacion del criado, á quien descubrí ser el autor de la muerte de mi mujer é hijos, que me buscaban por todas partes, y que era enteramente imposible acercarme á mi hermana, ni tan solo entrar en Filadelfia sin ser re-

conocido y tratado como un criminal. Este pensamiento me hizo estremecer; y para evitar de que se diese á mi conducta una interpretacion injuriosa, ó diversa de la que merecia, entré públicamente en la ciudad, anunciando á cuantos encontraba, que de mi propio movimiento venia á constituirme preso, y los convidaba á que me acompañasen y siguieran mis pasos.

»Comparecí en vuestra presencia cuando precisamente os hallabais tomando informes sobre este hecho; me cargasteis de grillos y cadenas, como si hubierais de temer la evasion de un hombre que venia espontáneamente á ponerse en vuestras manos. Formasteis mi proceso, como si hubiese sido un

vil asesino en asegurar la felicidad de los mios; y despues habeis hecho conducirme ante vuestro tribunal á oir mi defensa, y pronunciar sobre mi suerte.

»¡Pues bien! ¿que aguardais? ya la habeis oido; sentenciadme, ya nada tengo que añadir. No me es permitido pedir la muerte; pero si por un fatal error vosotros me la dieseis, lamentando vuestra obcecacion, la miraré como un beneficio; porque sumerjiéndome en la eternidad, habreis acelerado la época de mi felicidad, la recompensa de mis sacrificios, y el cadalso será para mí el teatro de una gloria inmarcesible."

»Habiendo acabado de hablar el delincuente, confirieron los jueces su dictámen, y unánimemente

fue declarado reo. Entonces se le hizo al delincuente la pregunta de estilo, de que si tenia alguna razon que alegar para que no se le diese la sentencia en contra, respondió: — »¿No acabo de declararos que no temo la muerte? ¿Me habeis reconocido por reo? Habeis osado dar vuestro juicio contra un hombre infeliz, mas no delincuente: ¿no amaria yo á mis parientes mas que vosotros? Hombres ciegos, ¿á que arrepentimiento os preparais? Si lejos de apreciar la pureza de mis motivos, estais en la creencia de que el crímen ha guiado mi brazo; si no habeis quedado persuadidos de que debia sacrificar los mas tiernos cariños; si pensais que solo me impelió el furor, los celos ú otra ra-

zon vituperable, descargad el golpe, que no murmuraré, pues acaso no necesito sufrir esta postrera prueba, y por último solo os pido una gracia. Quitadme estas esposas, que no deben mortificar mis manos. ¿Temeis mi fuga? acordaos que estoy aquí porque he querido presentarme, y asi es inútil toda violencia y medida de precaucion. Dad el golpe...., sabré morir.''

El reo calló, y pronunciada la sentencia de muerte, le condujeron á la cárcel en medio de una multitud silenciosa y consternada, que pacíficamente recorria toda con la mirada desdeñosa de la inocencia perseguida.

CAPITULO VI.

»Sin duda causará admiracion que haya podido proseguir y sostener esta lectura; pero debí este valor á la especie de entorpecimiento que me acarrearon los violentos choques que habia sufrido. Ignoramos la estension de males que podemos tolerar hasta que no lo esperimentamos. Jamás es el hombre tan grande como en la adversidad, no necesitando de heroismo para sostener la dicha.

»Catalina, sus hijos, Luisa, todos habian perecido; y siendo su muerte el resultado de la mas cruel demencia, me traia á la memoria la fria atrocidad de los asesinatos que con frecuencia cometian los

salvajes cuando lograban sorprender por la noche á los desgraciados colonos, que no tenian mas recurso que aumentar los establecimientos para su defensa.

»¿Y quien habia cometido estas muertes? ¡Vieland, mi hermano, el mejor de los esposos, el mas tierno de los padres, y como él mismo se llamaba, el hombre mas benigno, mas humano y mas compasivo! ¡Que deplorable trastorno de ideas habia dirijido sus golpes! Casi pudieron salvarse aquellas víctimas desventuradas. Hubiese querido persuadirme á mí misma que esta catástrofe era un sueño; pero el regreso de mi tio, sus conferencias conmigo, sus consuelos para templar este golpe, me convencieron bastante de su realidad.

»Conciliando todas las circunstancias que presentaba esta memoria, era probable que la luz que Catalina divisó desde lejos en mi casa, fuese la que habia encendido Carvino para recibirme, y que cuando oyó venir á Vieland la habia apagado, permaneciendo escondido cuando vió que era mi hermano, que sin duda esperaba que se retiraria luego, y que entonces fue cuando Vieland inmoló su desventurada esposa, y que impelido de su furor pasó á su casa con una inconcebible celeridad para sacrificar sus hijos, mientras que yo, habiéndome escapado felizmente de sus manos, me volvia á mi casa por el camino ordinario, y por esta detencion no le habia yo encontrado. Tambien era verosi-

mil que despues de la partida de Vieland se hubiese Carvino buscado luz para rejistrar la casa, y habiendo visto el cuerpo de la pobre Catalina, puso precipitadamente algunas líneas para advertirme contra aquel terrible espectáculo, y que se hubiese alejado en seguida á toda prisa, persuadido que no tardarian á acudir á aquel teatro de desolacion; y que por último, que al ir á buscar los criados á su amo para hacerle saber mi llegada, hubiesen dejado la casa abierta, á cuyo tiempo, entrando Vieland, no encontró ningun obstáculo para cumplir sus horrorosos designios; é informado de mi vuelta por el criado que vino inopinadamente, pero ya tarde, para arrancarle sus víctimas, habia

acudido de nuevo á Metinjen para sacrificarme, cuando mis amigos, amedrentados por la muerte de Luisa y de los niños, pasaron á mi casa en derechura para salvar á Catalina, si aun era tiempo, y librarme de la suerte que me estaba destinada! ¡Que espantoso concurso de circunstancias adversas y de incidentes fatales no se combinaron para sumerjirnos en el abismo....!

»No fue ciertamente entonces cuando pude hacer estas reflexiones, porque apenas habia terminado tan espantosa lectura, cuando me cayó de las manos aquel manuscrito, horrizándome su vista. Al querer llamar quedé sin palabra, y despues de vanos esfuerzos para salir, caí desvanecida en el suelo.

Despues me dijeron como al ruido que hice al caer, mi tio habia subido aceleradamente con las jentes de la casa, y me administraron los socorros de que tanto necesitaba. En efecto, le hallé á mi lado cuando despues de largo rato abrí los ojos. Acusábase agriamente de haber calculado tan mal mis fuerzas, reprendiéndose del riesgo á que iba á esponerme esta recaida, la cual fue larga y dolorosa, tomando el carácter mas peligroso, hasta llegar al término de perder el juicio; pero el tiempo, y una solícita asistencia, me salvaron, restituyéndome á las miserias de una vida tan penosa.

»Durante mi larga convalecencia no me atreví á preguntar á mi tio, aunque no me perdia de vista. La

esperiencia de lo que habia sucedido le hacia tan circunspecto, que no me habia hablado una palabra sobre la ejecucion del malogrado Vieland, y aunque debia presumirla con fundamento, deseaba no obstante cerciorarme. Mas todas mis instigaciones quedaron infructuosas por mucho tiempo, guardando el mas profundo silencio, ó eludiendo diestramente todas mis preguntas. Por fin una tarde en que le hallé mas inclinado á complacerme, le insté con mayor viveza, diciéndole: — »Mi estimado tio, ya no teneis que temer por mi salud ó mi juicio, que ya estoy enteramente fuera de peligro; solo tengo que haceros una pregunta, y si la satisfaceis, os prometo no hablaros mas de esta desgraciada catástro-

fe. ¿Vieland ha sido condenado á morir de una muerte ignominiosa....? ¿Ya ha sufrido su castigo?" —»No, me respondió despues de un momento de duda; vive todavía entre cadenas. Solo se pronunció la pena de muerte para tener una prueba cierta de la total enajenacion de su entendimiento, de la que ya no se puede dudar al ver la serenidad con que escuchó su sentencia; al contrario, pareció disgustarse cuando supo que el tribunal habia conmutado el suplicio en un encierro perpétuo; y que aun no se habia advertido que se hubiese moderado su demencia, ó mas bien su furor homicida."

—»¿Su demencia? decís... ¿pero es cierto que ha perdido el juicio....? ¿Las visiones...., los avi-

sos, las órdenes misteriosas, todo esto no era una realidad?" Sorprendido mi tio al oirme, miróme atentamente como para asegurarse si yo padecia el mismo trastorno de entendimiento; mas como me viese perfectamente sosegada: »¿Podeis creer, me dijo, que en todo esto haya mas que ilusiones de una imajinacion exaltada y dispuesta á recibir semejantes impresiones? ¿Pensais que el cielo pueda jamás dirijir ni autorizar crímenes tan atroces?" — »¡Oh! no, no puedo creerlo de ningun modo; no puede dirijir semejantes atentados; no puede impelernos á cometer unos escesos que contrarian y violan todos los principios de la naturaleza, antes bien me inclino á que un jenio maléfico...."

—»Apartad esas falsas ideas, mi estimada Clara, ningun poder sobrenatural ha intervenido en todo esto, y ni el cielo ni el infierno han sido los autores de estos males.'' — »No me atreveré á asegurar, mi estimado tio, que el que ha promovido todas estas desgracias sea un ente sobrenatural; pero á pesar del misterio que las ha acompañado, pienso que ha mediado algun ajente secreto, y que los acontecimientos maravillosos que han precedido á esta cruel desgracia, no han sido unas meras ilusiones.'' — »Pues, Clara, ¿quien ha podido ser este ajente?'' — »Lo ignoro; pero en mi perplejidad, y en medio de mis conjeturas, no puedo olvidar á Carvino; no puedo apartar la idea de que este hom-

bre atroz puede ser el ajente misterioso que turba la tranquilidad y bienestar de mi familia, siendo el autor de todos nuestros infortunios. Pero si efectivamente Vieland ha sido inducido á unas muertes tan abominables por los artificios de aquel malvado, ¿que prueba teneis de que haya perdido el juicio? ¿La demencia puede sostener el lenguaje que empleó mi hermano delante de los jueces?"

—»Sin duda le puede tener, Clara; la demencia se manifiesta de diversas maneras, se presenta bajo diferentes formas, y acaso jamás es tan terrible, tan peligrosa ni incurable, como cuando en lugar de producir en nuestras facultades morales un desórden jeneral, que nos hace incapaces de to-

do raciocinio, solo obra dirijiéndose á un objeto aislado. Entonces el individuo que está atacado, por mas que se conserve en estado de conducirse en cualquiera otra circunstancia con la apariencia de la sensatez, se hace incapaz de juzgar sanamente cuando se trata de aquel objcto, tema de su manía. Asi es como un fanático, discurriendo con acierto en cualquiera otra materia, cree hacer una obra meritoria, asesinando en nombre de un Dios de paz; y asi es como el desventurado Vieland, aunque en estado de conducirse con prudencia en cualquiera otra circunstancia, ha creido ganar el cielo sacrificando lo que tenia de mas amado en el mundo. ¡Fatal delirio! ¡deplorable suversion del entendimiento

humano, cuántas desgracias no has acarreado á los hombres en todos tiempos! Lo que vuestro hermano ha creido ver y oir fueron sin duda unas ilusiones, pero aquellas ilusiones han sido dimanadas de una demencia exaltada por los artificios de algun ajente misterioso, que desgraciadamente halló dispuestos los órganos de Vieland á recibir las impresiones que él queria producir para sus designios ocultos. El doctor Darvin en su interesante obra, intitulada *Zoonomía*, describiendo en el artículo *Mania mutabilis* estas funestas enfermedades, prueba que sin el concurso de ajentes estraños pueden producir ilusiones, vértigos, visiones y otros efectos mas funestos. El vulgo puede pensar diferentemente; pero el

error es el patrimonio del mayor número, asi como lo maravilloso es lo que constituye parte de sus deleites.

»Yo mismo he sido testigo, mi querida Clara, de un hecho que sirve de apoyo á esta verdad, y que por lo mismo debo referiros. Estando yo en Cork en Irlanda, en donde se hallaba de guarnicion mi rejimiento, habia trabado íntima amistad con una familia muy respetable, cuyo padre habia perdido seis años antes un hermano suyo, con quien vivia en buena union. Llorole amargamente, no solo por el pesar que le causó su pérdida, sino tambien porque se le fijó la idea de que la muerte de su hermano acarrearía bien pronto la suya. Vivió algun tiempo en continuos so-

bresaltos por la aprension de un fin próximo, de modo que todos los dias se levantaba en la persuasion de que no llegaria á la noche. El tiempo y las distracciones le calmaron aquella primera efervescencia, apartándole poco á poco estas ideas tristes, hasta sosegarle en un todo, y hacerle recobrar su alegría y modo de vivir ordinario. Dos años despues se casó, y vivió feliz en el matrimonio; educó muy bien á su familia, y con el trabajo, industria y buen manejo de su haber, adquirió inmensos caudales. Poseía una hermosa campiña, que llegaba hasta el mar, y en la cima de la ribera escarpada que la dominaba, habia construido un retiro agradable, adonde en los bellos dias del verano iba á desfrutar con su familia y

amigos de la magnífica vista que ofrecia la llanura de las aguas, embellecida y animada por la activa navegacion de los buques que incesantemente entraban y salian del puerto; de modo que con razon este sitio era sus delicias. Un dia por la tarde, en que yo habia ido allá con él y su familia, en el mismo momento en que nos animaba á todos á estar de buen humor, le cojió un temblor de improviso por todo el cuerpo, y sus facciones manifestaban la mayor consternacion. Quedamos todos sobrecojidos mirándole con espanto, y al preguntarle la causa de tan súbita indisposicion, nos hizo señal con la mano de que guardásemos silencio, dirijiendo sus miradas hácia el mar á la cima del risco, en donde no

divisábamos á nadie. Pareció entonces como que escuchaba con ansia; y despues, volviéndose á nosotros, nos anunció que su hermano le llamaba, y que iba á obedecer á su voz. Dijo adios á su asustada mujer, abrazó á sus hijos, se despidió de nosotros por señas, y aprovechándose de nuestro aturdimiento para escaparse, nos dejó, y trepando á la cima, se precipitó en las olas, y desapareció para siempre.

»Este trájico suceso, mi amada Clara, prueba lo que acabo de deciros acerca de este jénero de locura, la cual, una vez que se ha manifestado, puede reproducirse despues de un largo intervalo, cuando las fibras de nuestro celebro se hallen afectadas por los mismos ob-

jetos que las conmovieron anteriormente, ó por otra causa accidental que, reproduciendo las mismas imájenes, renueve inopinadamente las mismas impresiones, y conduzca á los mas tristes resultados.''

»Escuchaba yo con horror estas observaciones en las cuales hallaba otras tantas pruebas convincentes de una siniestra influencia, de la cual hasta entoncés no habia sospechado ni su existencia, ni sus efectos; mas como no me aclaraban las dudas sobre el estado de mi hermano, mis ideas se atropellaban y confundian con un desconcierto y rapidez que no me daban tiempo para coordinarlas. No dejó de ocurrirme que si los desgraciados acontecimientos que nos habian sucedido, únicamente toma-

ban su oríjen en la enajenacion del entendimiento de Vieland, entonces ni Pleyel ni yo estábamos del todo exentos de engaño, porque ambos en distintas ocasiones creíamos haber oido una voz misteriosa, y á Vieland y á mí nos habia sobresaltado una vision estraordinaria, y en un mismo sitio. Y bajo cualquiera suposicion, ¿no debia temer todavía que se renováran en mis sentidos aquellas funestas ilusiones?

»Este pensamiento me hacia estremecer. ¡Que terrible revolucion se habia obrado en mi hermano en un momento! ¿Acaso estaría yo destinada á sufrir la misma desgracia? En efecto, ¿que era yo en comparacion de lo que habia sido? ¿Donde estaba aquella mujer inalterable, que miraba con menosprecio

las fábulas dadas á luz por la credulidad, la cobardía ó mala fe de los que porfiaban haber sido testigos, y que lejos de temer la muerte la esperaba con serenidad? Habia caido en el número de los mismos que habia despreciado; y débil, tímida é irresoluta, no solo estaba dispuesta á creerlo todo, sino que referia como verdaderos unos hechos que hubiesen provocado á risa, no digo á los ánimos fuertes y preocupados, sino á los mas tímidos y crédulos. Hallándome en el borde del abismo que habia absorvido á los mios, y con las mismas disposiciones en que habia visto á Vieland, acaso no estaba lejos de manchar mis manos con la sangre de mis semejantes, y de haber de ex-

piar tan deplorables escesos en un horrible calabozo.

»En tan deplorable situacion mi mayor tormento era el temor que me asaltaba incesantemente; temor mucho mas peligroso á mi razon, que todos los males que habia sufrido hasta entonces. Pero la desgracia debe tener un término. Cuando el pensamiento se convierte en un manantial de penas insoportables, cuando no halla ningun punto consolador en que pueda descansar, la muerte es el único recurso que la naturaleza presenta á los que no han llegado á conocer los celestiales consuelos que la religion del Hombre-Dios ofrece al hombre en la adversidad y en la afliccion. Asi eran inútiles los es-

fuerzos de mi tio para distraerme á otros objetos. La imájen de Carvino acompañaba constantemente á las estravagantes pinturas que creaban mis melancólicas meditaciones. Libre de las opiniones, los cuentos de májicos, de hechiceros, de espectros, y de falsas apariciones me habian parecido siempre quiméricos. Pero aquel Carvino, aquel hombre estraordinario, cuyas acciones se envolvian en la mas profunda obscuridad, tenia unos medios tan poderosos como incomprensibles. Y ¿no habia fundamento para creer que él hubiese dirijido los infaustos acontecimientos que habian destruido mi familia? Su jenio intrigante, su inmoralidad, su poderosa influencia, y que segun decian, la desgracia, el llanto

y la desolacion seguian constantemente sus pasos; todos estos antecedentes me autorizaban á sospecharle autor de todos nuestros infortunios.

CAPITULO VII.

»No habia yo querido hasta entonces informarme de la suerte de Carvino; ¡tan grande era el horror que me causaba su nombre! y por otra parte temia que se interpretasen siniestramente las preguntas que hiciera con el objeto de precaverme. A pesar de las mas fuertes instancias, jamás hubiese consentido en salir á tomar el aire para acelerar mi convalecencia, mientras supiese que andaba libre por el continente. No obstante, como

mi seguridad me obligaba á pedir estas noticias, aun con riesgo de despertar las sospechas, me aproveché de una de las veces que venia á visitarme el señor Hallet, para rogarle en vista de las razones que me movian á ello, á que me cerciorase si habian prendido á Carvino, denunciado y perseguido por delitos cometidos en Europa.

—»No, mi querida Clara, me respondió, ha logrado escaparse, habiendo burlado todos nuestros esfuerzos con el mas insolente descaro. Pero sosegaos que ya no está en la América; su partida ha sido muy ruidosa, y causado la indignacion pública; pero los majistrados de la colonia, de que yo hago parte, pueden consolarse de la especie de humillacion que ha

sufrido su autoridad, en quedar engañados por este intrigante, por la certeza consoladora de que finalmente ha dejado el pais."

»Este preludio movió mi curiosidad con tal viveza, que me hizo superar la repugnancia que sentia, y pedí al señor Hallet me contase cuanto tuviese relacion con aquel hombre estraordinario, y prosiguió de esta manera:

—»Siento haber de renovar la memoria del fatal dia en que habiendo consentido verle en vuestra casa, hallasteis un billete, en que os manifestaba Carvino la zozobra de su situacion, y el peligro á que se esponia deteniéndose por mas tiempo. Os acordareis cuan á tiempo y con cuanta dificultad logramos haceros dejar un sitio, en

que tan cruelmente quedaban amenazadas vuestra vida y vuestro entendimiento. No perdí, pues, tan solo un momento, di las señas de aquel hombre, y le hice buscar por todas partes. Tomáronse informaciones en los cafés que habia frecuentado, en los mesones ú hosterías en que podia haberse alojado; y como por todas partes solo se le habia visto accidentalmente, pues no habia hecho detencion notable en ninguno de estos puestos, los mismos que le habian visto, no podian asegurar, ni aun decir, si tenia su domicilio en Filadelfia. Se hicieron las mismas pesquisas por los arrabales, y algunas leguas al contorno, y nada produjeron. Todos los que les parecia haberle visto en la ciudad estaban jeneralmen-

te acordes en decir que le habian visto salir al anochecer, y en los arrabales y campiñas circunvecinas contaban que le habian visto pasar mas tarde hácia lo interior del pais, y presumian con algun fundamento que se retiraba á los bosques situados en los confines de la colonia. Sacamos en limpio que pernoctaba tambien algunas veces en la ciudad y cercanías, pero siempre como transeunte, que no solia pasar dos noches en un mismo albergue, y que siempre pagaba la cuenta como si ya no hubiera de volver. Finalmente añadian que jamás se habia podido sacar por sus conversaciones adónde iba ni adónde residia, quién era, ni de qué subsistia, porque hablaba muy poco, no abriendo los labios sino pa-

ra pedir lo que le era absolutamente necesario.

»No por esto me desanimaba; al contrario, cuanto mas misteriosa parecia su vida y acciones, tanta mayor importancia ponia en descubrirle, y en quitarle el velo impenetrable que le ocultaba, á causa del peligro en que estaba la tranquilidad pública, dejando existir semejante hombre en la colonia. Asi, despues de muchas averiguaciones me dijeron un dia que le habian visto entrar muy tarde, y salir muy de mañana, en casa de una viuda que vivia en la calle del Astillero; que habia pasado varias noches en su casa; que era probable tuviese alli su cuarto, ó que pagase la costa, y debia tener grande amistad con los de aquella fa-

milia, y que sin duda podrian dar noticias mas ciertas.

»Pasé en derechura á la tal casa, acompañado de otro juez de paz, muchos dependientes de policía, y la escolta necesaria. Hice cercar la casa, serian las tres de la tarde, y ya el dia comenzaba á declinar. Mando antes de entrar en ella que se tomen todas las salidas, y de todas las habitaciones, y hallo una familia compuesta de la viuda, una hija de unos diezi-ocho años, un muchacho de diez, todos estremadamente sobresaltados al ver en su casa la justicia con jente armada.

»Pregunto á la dueña de la casa quien era, y su profesion. Responde que se llamaba la señora Rojers, viuda de un piloto del De-

lavare, al cual cuatro años atras habia arrebatado una borrasca desde el puente del buque en que dirijia el timon. Añadió que habiéndole dejado su marido quinientas libras esterlinas solo de sus ahorros, las habia depositado en casa de un banquero de la ciudad, que tambien nombró, y que vivia del rédito de aquel dinero, agregado al trabajo de su hija María, que bordaba con bastante primor para las principales casas de Filadelfia.

»A la pregunta que le hice, de si conocia á un sugeto llamado Carvino, me respondió que no. No obstante, continué, ese sugeto ha venido muchas veces á vuestra casa; sé que se ha alojado aqui, que ha dormido, y que le conoceis muy bien. — »Señor, jamás he visto á

ese sugeto en mi casa.'' — »Pero á lo menos, ¿habeis alguna vez alojado á algun estranjero?'' — »Sí señor; pero no es el que habeis nombrado.'' — »¿Como se llamaba?'' — »Se llamaba el señor Burton.'' — »¿Que hombre era ese señor Burton, y que porte tenia....?'' y de contado me hizo una pintura de Carvino, y le dije: —»Pues, señora, ese Burton es precisamente al que nosotros buscamos. ¿Está ahora aqui?'' — »No señor, ya mucho tiempo que no ha venido á casa.'' Me informé de la época en que le habia visto la última vez, y por la respuesta inferí que no habia parecido desde el dia en que le despidieron de casa de vuestro hermano. — »¿Despues que se ha ausentado nada os ha enviado á de-

cir?" — »Sí señor, muchas veces." —»¿Que os escribia?" —»Poca cosa; aqui hay algunas cartas suyas. Me participa que está viajando por negocios propios, y que no tardará en volver." — »Señora, dejadme ver el aposento que ocnpaba en vuestra casa...: ¿está abierto?" — »No señor, que se ha llevado consigo la llave." — »¿Por que no habeis avisado á la justicia de esta larga ausencia? ¿Por que no habeis pedido que se abriese este cuarto?"— »Señor, como otras varias veces ha estado tambien mucho tiempo sin volver, no me habia puesto en euidado su ausencia." — »Llevadme á su aposento, que quiero verle primero, y despues hacer rejistrar toda la casa. — »Como vos lo querais, señor, ya que vuestro pues-

to os da esa fecultad; mas, por Dios, os pido, que me digais, ¿que se puede reprender á ese pobre señor Burton?" — »Lo sabreis; mostradme el camino."

»La seguimos, y habiendo hecho descerrajar la puerta, no hallamos mas efectos ni papeles que unos manuscritos, y algunos libros en lengua portuguesa, española y árabe, que quedaron en mi poder. Manifesté á la señora Rojers mi estrañeza de que no hubiese mas que una cama cubierta y algunos muebles suyos." — »Señor, jamás ha habido aqui otra cosa del señor Burton, porque siempre que venia se traia en un lio la ropa blanca que podia necesitar." — »¿Os debe algo?" — »Nada, señor; por el contrario, somos nosotros los que

le debemos mucho.'' — »¿Como es eso?'' — »Le manifesté un dia mi sentimiento de no poder comprar, sin que decentase mi capital, esta casita, cuyo dueño acababa de morir, y sus herederos iban á ponerla en venta. Preguntome en qué precio conceptuaba que se venderia, y yo le respondí, que se la estimaban en cerca de doscientas libras esterlinas.'' Pues bien, me dijo; mi banquero el señor King tendrá órden de poner mañana esta suma á vuestra disposicion. Me hareis solo un vale de esa cantidad, para que se pague despues de vuestros dias, siempre que vuestra fortuna actual reciba un aumento que pueda satisfacerla.'' Como no debia yo contar mucho con semejante agasajo de parte de un hombre que

no me parecia nada opulento, puse alguna repugnancia en aceptar una oferta tan jenerosa, pero insistió en términos que hube de firmar el vale espresando todo mi reconocimiento. Me entregó la órden contra el señor King, tomé el dinero y compré la casa. La última vez que estuvo con nosotros me vió muy opuesta á dar á mi hijo la carrera de su padre, cuya pérdida tenia tan presente, y lo mucho que me aflijia el verme tan apurada para ponerle en aprendizaje: me preguntó que estado ó carrera deseaba darle. Le respondí que si me fuera posible le haria tomar la de relojero. Se informó tambien de lo que costaria el aprendizaje, y habiendo sabido que ascendia á cien libras esterlinas,

me aseguró que no solo las adelantaria, si no que á mas, si el muchacho se portaba bien, le auxiliaria para que se estableciera, y que solo exijia un vale firmado por su hijo para el caso en que despues de su establecimiento se hallase en situacion de reembolsar este dinero sin menoscabo. ¡Ah, señor Hallet! os aseguro que el señor Burton ha sido para nosotros un buen amigo, siendo para todos un hombre muy digno y respetable.''

»Durante esta conversacion se habia hecho el rejistro de la casa, en la que no hallamos sino á los que vivian en ella. Bajamos para estender el proceso verbal y el interrogatorio, y vimos á la jóven María sumerjida en lágrimas, y toda convulsa. Persuadí á su madre

á que la llevase á la cama, dejando con ella á quien la cuidase. Vuelta al instante la señora Rojers adonde nosotros estábamos, le pregunté aparte la causa del pesar de su hija.—»Lo ignoro, señor; pero los beneficios del señor Burton habian penetrado su corazon agradecido, le miraba como á padre, le estaba muy agradecida, y ha debido como yo misma, sentir un grande pesar al ver que persiguen y tratan como delincuente á un hombre tan jeneroso."—»Señora, ¿se han visto los dos algunas veces fuera de vuestra presencia?" — »Ya sabeis, señor, la honesta libertad que reina en este pais entre personas de ambos sexos. Jamás he tenido motivo de celarlos, ni concebir la menor sospecha de un hombre tan

respetable, cuyo trato debia ser tan puro como sus acciones." Di un suspiro, y callé, no pudiendo resolverme á destruir la confianza y seguridad en que vivia aquella mujer; pero quedé bien convencido de que acababa de ver en la interesante María una nueva víctima de la atrocidad del infame Carvino.

»Proponíame subir á hacer otras preguntas mas señaladas; pero queriendo antes, para no cargar la memoria, sentar por escrito lo que acababa de saber, al ir á ejecutarlo, vi entrar de improviso en la casa un hombre de avanzada edad, que por su porte y presencia tomé por un ministro del culto, y luego conocí que no me habia engañado. Pareció sobrecojido al encontrar tanta jente en aquel sitio; me di-

rijió la palabra llamándome por mi nombre, y me dijo, que tanto mas se alegraba de hallarme allí, cuanto en aquel momento mismo acababa de recibir por el correo una carta, que deseaba comunicarme en particular. Nos retiramos por unos instantes á un gabinete inmediato para leerla, y su contenido era este.

»Señor, perseguido como delin»cuente en los tribunales, me alejo »de esta tierra, aunque me reco»nozco inocente, porque es mas »cauto defenderse desde lejos, que »de cerca. Cuando llegue á vuestras »manos esta carta, ya habré deja»do para siempre la América; pe»ro en el acto de abandonarla re»curro á vuestro ministerio, para »que me ayudeis á reparar la injus-

»ticia que he cometido con una jó-
»ven, que habiéndose lisonjeado
»que un dia se casaria conmigo, se
»me apasionó, y lleva actualmente
»en su seno la prueba de una fra-
»jilidad escusable por las circuns-
»tancias que la han acompañado.
»Hallareis adjuntas á esta carta mil
»libras esterlinas pagaderas á la vis-
»ta por mi banquero el señor King,
»en virtud de órden firmada por
»Burton. Estimaré tengais la bon-
»dad de pasar á casa de la señora
»viuda de Rojers, en la calle del
»Astillero, y ver á su hija María.
»Le hareis presente que yo no la
»he engañado, pues jamás he pro-
»metido casarme con ella. Asegu-
»radla que estoy del todo inocente
»de los crímenes que me imputan.
»Os será facil escusar mi partida

»convenciéndola de cuán urjente »me era. Consolad á ella y á su »madre, aconsejándoles que con la »suma que les doy abran una tien- »da de modas, que María bien tie- »ne disposicion de gobernarla, y »hacer que prospere; por el tiem- »po le proporcionará medios para »establecerse ventajosamente, pu- »diendo escojer un esposo entre los »nuevos colonos, que llegan todos »los dias de las cuatro partes del »mundo, y llegar á ser entera- »mente feliz. No me inquieta la »ejecucion de cuanto os confio, por- »que conozco el mérito de vuestra »reputacion, y vuestra prudencia, »humanidad y reserva deben sose- »garme. Quizá vendrá dia en que »me halle en estado de poder acre- »ditaros todo mi reconocimiento,

»si es que me creeis obligado á ello, »por haberos ofrecido la ocasion de »practicar, lo que vuestra virtud »y principios os harian considerar »como un deber. Recibid la segu- »ridad de toda mi consideracion.

Carvino.''

»Habiéndome leido esta carta el respetable eclesiástico, me dijo:— »Señor, aunque he oido hablar en la ciudad de ese Carvino, como de un célebre malhechor, venia animado de un santo celo á traer el saludable consuelo al seno de una familia aflijida. Al llegar he encontrado la casa cercada, y me han informado que estabais aqui ocupado en indagar el paradero de este hombre, y aunque con mucha

dificultad, me he introducido. No es otro el objeto que me conduce á esta casa, y así os ruego que tengais la bondad de decirme si no habrá inconveniente en que hable con esta jóven, para cumplir con mi encargo." Entonces por consideracion á su carácter le enteré de cuanto habia pasado desde mi llegada; le dije que le pobre María sintiéndose muy indispuesta se habia retirado, y que me proponia interrogarla luego que hubiese concluido el interrogatorio de su madre. Seguidamente me pidió permiso de prepararla para el triste secreto que descubria aquella carta, y se le otorgué sin dificultad. Habiendo hecho llamar á la señora Rojers al gabinete, quedó solo con ella algunos minutos, y no tar-

dó en venir á reclamar nuestro socorro; pues amedrentada al saber el deshonor de su hija, padecia un violento trastorno, que nos puso en cuidado por las fatales consecuencias que aquel suceso podia ocasionarle.

»Sintiendo en estremo que estos incidentes interrumpieran mis operaciones, mandé á mi secretario que fuese á buscar, é hiciese venir sin dilacion, al cirujano que viviese mas cerca. — »A fin que no sufrais esta dilacion, señor, me dijo el atento eclasiástico, permitid que por algunos momentos os sirva de secretario. Dictad y escribiré.''

»Opuse cortesmente algunas dificultades, pero en fin cedí á sus instancias, manifestándole mi sentimiento por el trabajo que queria

tomarse. Pero él se arrimó á la mesa, y tomó la pluma, y aunque de alli á poco volvió mi secretario acompañado del cirujano, no por eso dejó de estender el proceso verbal, que con tanto agrado habia comenzado, mientras que este prestaba los socorros á la madre y á la hija. Concluido que estuvo, conferenciamos sobre lo que nos quedaba que hacer.

—»No cabe duda, señor, me dijo aquel respetable ministro, en que la jóven podrá dar indicios manifiestos acerca de ese Carvino que buscais, el cual podria efectivamente no haber partido, por mas que lo asegure formalmente en su carta, cuyo contenido mismo, la partida que anuncia, y la suma considerable que contiene, pueden su-

ministrar, si se examinan con sagacidad, medios para estrecharla no solo á que confiese su trato con Carvino, sino á que no nos oculte nada, pudiendo tal vez hacer algun descubrimiento acerca de su paradero. Si no hallais inconveniente, entregándole esta carta, y cumpliendo con los deberes de un ministro de un Dios de paz y de toda consolacion, veré como conducirla á que me haga alguna declaracion que nos aproveche, si como es posible, ese hombre estuviera al presente en la colonia.''

»Aprobé el pensamiento, como muy prudente, y no hallando razon alguna para que no se le entregase la suma que contenia la carta, para la inversion que le señalaba, acepté la oferta del ecle-

siástico, el cual subió en seguida, quedando á solas cerca de media hora con la jóven María. Al bajar nos dió cuenta de la conferencia, en la cual ella misma habia leido la carta llorando, pero sin quejarse; que habia recibido aquella cantidad con indiferencia, notando que le interesaba poco su suerte en lo venidero, si habia de renunciar al que tanto amaba; que el señor Burton ó Carvino, ya que en efecto se llamaba asi, era incapaz de haber cometido los crímenes de que le acusaban; que aunque no se lo hubiese prometido formalmente, estaba persuadida que se hubiese casado con ella, á no verse en la precision de ausentarse con aquella precipitacion; que no solo le perdonaba su partida, y la deplorable si-

tuacion en que la dejaba, sino que convencida de su inocencia, si sentia algun consuelo, era en saber que hubiese logrado escaparse, y dejado con felicidad la América. Y añadió el buen eclesiástico, que no habia podido sacarle el mas leve indicio que pudiese conducir á ningun descubrimiento, y quedaba en la firme persuasion de que le habia hablado con franqueza, y que efectivamente no sabia otra cosa.

»Convidome igualmente á que subiese á preguntarle yo mismo, mientras terminaba el proceso que habia comenzado á fin de evitar variacion en la letra; pero tuve por inútil este paso, no debiendo presumir que María pusiese en mí mayor confianza de la que habia logrado el carácter del celoso ecle-

siástico. Nos retiramos, pues, todos juntos despues de haber dado las disposiciones convenientes para que ni la madre ni la hija sufrieran otra vejacion, y que se evitase el escándalo de aquella pesquisa. Solamente la madre y nosotros teníamos conocimiento del suceso, y las habíamos sosegado completamente, debiendo estar tan seguras de mi reserva, como del sijilo del atento eclesiástico, que tanta parte habia tomado en nuestra confianza; y al cual pregunté al salir á quien tenia yo el honor de estar hablando, y si vivia en Filadelfia. Respondiome que se llamaba Broun; que era ministro del culto presbiteriano, y que estaba encargado de la direccion espiritual de las de aquella secta, que

vivian en Reading, corta poblacion, situada no lejos de alli, y á la otra parte del rio Scuilquill.

»Como era tarde, le insté con eficacia á que no se pusiera en camino á aquella hora para volverse á su casa, sino que pasase la noche en la mia, en donde tendria el gusto de ofrecerle una cama y cena. Admitió el convite con las mas finas espresiones de agradecimiento: pasamos la velada juntos; y confieso que jamás he tenido un convidado mas agradable, y cuya conversacion me haya parecido mas gustosa é instructiva. Sentia tanto dejar su compañía, que hice me prometiera que vendria á verme cuantas veces sus negocios ú obligaciones le llamasan á Filadelfia. Despues de cenar nos separamos

muy satisfechos el uno del otro, y cuando me levanté de la cama al dia siguiente ya habia partido.

»En la firme persuasion de que el criminal Carvino, á pesar de la carta que habia enviado, era muy posible que se hallase todavía por las cercanías, continué con enerjía mis indagaciones. Fui á verme con el banquero King, y habiéndole preguntado qué sabia de un particular llamado Burton, que en distintas ocasiones habia depositado cantidades en su poder; me contestó, que efectivamente habia venido muchas veces este sugeto á su casa, y puesto en caja sumas considerables, que despues iba sacando sucesivamente librando letras contra él; pero que fuera de esto ignoraba quién era, en dónde vi-

via, ni cuál era su profesion. Que pagando aquella última letra de mil libras esterlinas en favor de María Rojers, le quedarian aun mas del doble de aquella cantidad, de la cual haria declaracion al tesoro público, supuesto que su propietario se habia fugado perseguido por el gobierno. Añadió á esto que con lo que acababa de decirle se inclinaba tambien á no pagar aquella letra, y á declararse poseedor de la suma entera, de que estaba afianzado; pero convencido como yo lo estaba, de que si la desventurada María era culpada de un delito contra las costumbres, no lo habia sido de connivencia con su seductor; que ya era bastante desgraciada, aun sin privarle de la única compensacion que le quedaba en

su infortunio; obligué á vivas instancias al señor King, á que por dos horas mas se hiciese absolutamente ignorante de lo que le habia dado á entender, y sin dilacion envié á mi secretario á casa la viuda de Rojers, para prevenirla de que no perdiese un momento en enviar por el importe de la letra.

»Habiendo vuelto á mi casa me ocupaba en dar las providencias necesarias para hacer buscar á Carvino por los alrededores, cuando me entregaron las cartas, entre las cuales distinguí una sellada de la estafeta, la cual contenia lo que sigue:

»Señor, os prevengo que nada »adelantareis con todas vuestras

»pesquisas, y de lo cual os con-
»vencerá el saber que bajo el dis-
»fraz de un eclesiástico, os serví
»ayer de secretario, y estendí yo
»mismo el proceso verbal que for-
»masteis contra mí. Os doy las gra-
»cias por el hospedaje que tan je-
»nerosamente me ofrecisteis; pero
»en reconocimiento, queriendo es-
»cusaros un trabajo inútil, os ad-
»vierto, que por lo menos es co-
»sa ridícula buscar muy lejos al que
»tan á mano habeis tenido por es-
»pacio de veinticuatro horas. Qui-
»zás me vereis todavía; entre tan-
»to seguid mi consejo, estad sose-
»gado. Si acerca de mí necesitais
»algunas noticias, no teneis mas
»que preguntarme por el conduc-
»to de los diarios, y me apresura-
»ré á satisfaceros, si considero que

»verdaderamente os pueden ser útiles. Por último os digo que no »conteis con ciertos sugetos, que »no se propondrian, sino fomentar vuestra curiosidad, ó la de un »público ocioso.

Vuestro rendido servidor
Carvino."

CAPITULO VIII.

»Leí muchas veces la carta de Carvino, y mi asombro no era menor que su destreza y audacia. ¡Tenia mucha razon! ¿De que hubiera servido poner en la campiña una muchedumbre de espías, cuando habia tenido el atrevimiento de ha-

cerme de secretario en una sumaria que habia formado contra él? ¿y cuando habia tenido la serenidad de venir á sentarse en mi mesa, y dormir en mi casa? Por el contrario, persuadido de que él se iria descuidando, al ver que no se daba ningun paso, y que él mismo vendria, pues necesitaba hacer las dilijencias para embarcarse, me reduje á tomar en Filadelfia y en las inmediaciones todas las medidas secretas, que sin denotar ningun movimiento condujesen á asegurarse de su persona. Con esta mira se dieron las órdenes mas rigurosas en los puertos y por la costa, para que no se embarcase nadie sin ser antes examinado por las autoridades territoriales, y en presencia de los que

hubieran visto ó conocido á Carvino.

»Su carta habia hecho nacer la sospecha de que María no estuviera del todo exenta de complicidad. En efecto se habia presentado en su casa en traje de un ministro del culto, con cuyo disfraz habia tenido con ella á solas una conferencia bastante larga, y sin duda tambien le habria reconocido la señora Rojers aquellos pocos instantes que estuvo con ella. Seducido por su insolente estratajema me descuidé entonces de examinar á aquella jóven, encargando incautamente al supuesto eclesiástico que cumpliese por mí este deber. Con esta falta de precaucion les proporcioné que se viesen, y acaso con ella perdí el único medio que po-

dia presentarse de lograr luces ciertas sobre sus relaciones de trato con Carvino.

»Decidido á reparar, si aun era posible, la falta que habia cometido, pasé sin perder un instante á casa de la viuda de Rojers, que encontré con su hija. Despues de haber recibido las demostraciones de su gratitud por haberles asegurado el pago de la letra contra el señor King, que sin mí no hubiesen cobrado, dirijí la palabra á María, y le pregunté si habia visto antes á aquel eclesiástico que vino á comunicarle la carta de Burton ó Carvino cuando yo estaba en su casa?" — »Sí señor." — »¿Y le has conocido por Burton ó Carvino?" — »Sí señor." — »¿Luego no ha tratado de ocultarse de ti?"

—»No señor." — »Pues entonces estás ciertamente muy culpada en no habérnosle dado á conocer." —»Señor, nadie me ha preguntado quién era." —»Pero me parece que te debia bastar el saber que era delincuente, que buscaba la justicia, á quien se habia denunciado." —»Como estoy muy ajena de creerle delincuente...." —»No obstante te comprende el rigor de las leyes." —»Si es asi, señor, procuraré someterme á ello." —»Pero, María, ¿por que guardas tanto miramiento á un hombre de quien tienes que estar tan quejosa?" — »No tengo de que quejarme de él, señor, porque no me ha hecho jamás sino beneficios; y aun venia á hacerme bien; pues venia á decirme adios, y á

consolarme de su partida. El solo es el desgraciado, pues siendo inocente padece como reo; y por lo mismo, aunque me hubiese agraviado, no me creeria autorizada para ponerle en vuestras manos.'' — »¿Sabes adonde ha ido?'' — »Lo ignoro; pero aun cuando lo supiese, debeis estar actualmente bien persuadido de que no os lo descubriria.'' — »Veo con disgusto, María, esa rebelde obstinacion, porque si Carvino no es reo de los crímenes que le imputan, ¿como teme presentarse á la justicia? Ante los tribunales es en donde debe hacer brillar su inocencia.'' — »Lo haria sin duda, señor, si no tuviese la certeza de que los jueces son hombres que están sujetos á engañarse, y que á veces

aplicando mal la ley, han llevado al cadalso al inocente."

»Atónito de tanta resistencia, y del modo de discurrir de una muchacha en la apariencia tan cándida y sencilla: — »Teme, María, la dije, teme de que te se sospeche su cómplice; la naturaleza de tu trato amistoso con ese malvado; tu intimidad con él; la falta que has cometido, y que es una prueba de esta complicidad, te esponen sin otra averiguacion á ser tenida por culpada, y si pudieras realmente ser inocente, tu mismo silencio te acusa." — »Si es asi, señor, sufriré sin quejarme; pero sufriré inocente." — »Con que, María, ¿rehusas absolutamente confesarme lo que ha mediado entre los dos, y sobre todo en vuestra última vis-

ta?" — »Al contrario, señor; estoy pronto á haceros todas las declaraciones que exijais de mí, y las miraré como una expiacion de mi frajilidad, no ocultándoos sino lo que podria conducir á descubrir su retiro, y hacerle prender." — »¿Os ha dicho quien es? ¿de donde, y cuales son los medios de su subsistencia?" — »Me ha dicho, señor, que se llamaba Burton; que era ingles de nacion; que habiendo padecido su casa grandes quiebras; habia llegado dos años hace á Filadelfia, en donde su talento le daba de comer, siendo útil con sus conocimientos á los nuevos colonos, para ayudarlos á lograr donaciones mas ó menos ventajosas, dirijiendo sus desmontes, encargándose de alindarlos y fortificarlos contra

las incursiones de los salvajes circunvecinos, con que todos los dias invadian las posesiones; y en una palabra, se aplicaba á prestar á aquellos colonos todos los servicios que un ajente, un arquitecto, un agrimensor, un injeniero, un hombre instruido en las leyes, usos y costumbres del pais, puede prestar á los que vienen á establecerse. Estos servicios, señor, le procuraban una cierta decencia, y jamás le he conocido otros medios de subsistencia, pues estos le bastaban. Cuando ayudó tan jenerosamente á mi madre á comprar esta casa, y pagó el aprendizaje de mi hermano, le manifesté que estrañaba algo que nos hiciera unos adelantos tan considerables; pero me satisfizo diciendo, que todo

aquel dinero no era mas que una corta porcion de sus ahorros, con lo que me persuadia de que su intencion era casarse conmigo, como lo estoy creyendo todavía al ver que me hace depositaria del resto do su caudal.'' — »¿Te prometió jamás casarse contigo?'' — »¡Oh! no señor; ni por el mundo entero se lo hubiese yo preguntado; porque á mas de estar asegurada de ello, temia con esta pregunta que se imajinára que solo le amaba por el interes.''— »Pero entonces, María, ¿como han podido con tan frívola esperanza olvidarte de ti misma, hasta tener la debilidad de rendirte á sus deseos? ¿Luego le amabas mucho?'' — »Mucho, señor; y que se case ó no conmigo, jamás amaré tanto á otro.'' — »Y

¿que medio empleó para seducirte?" — »Ninguno; pues no le necesitaba, estando yo seducida por mi amor. Me guardé de sondear sus intenciones, y él de dármelas á conocer, porque ninguno de los dos desconfiaba del otro." — »¿No te hizo jamás algunos regalos, ni recibiste de él algun dinero?" — »No señor, de ningun modo, porque me hubiese creido envilecida. Jamás he consentido recibir de él sino algunas flores, cintas, y á veces libros. La única cosa de valor que he querido admitir de sus manos es esta almohadilla en que estoy trabajando. Quiso un dia hacerme admitir una sortija de diamantes, en la que habia hecho esmaltar su cifra y la mia, pero lo rehusé, pidiéndole que las hiciera grabar en

este anillo de oro que llevaba yo mucho tiempo.'' — »¿De que medios se valió para hacerse amar tanto?'' — »No lo sé, señor; jamás habia amado, pero él movió mi corazon, y no creo que se necesite otra cosa.''—»Pero su edad, su presencia asquerosa, sus estraños modales.....'' — »¿Que hace todo eso, señor? ¡Era tan bueno, tan inclinado á amar! ¡Cuando me hablaba era tan tierno su lenguaje! ¡Cuando me miraba eran sus ojos tan espresivos, que teniéndome por harto dichosa con verle y con oirle, jamás me ha ocurrido pensar en su edad ni en su figura! Ignoro qué es lo que en los hombres cautiva mas jeneralmente á las personas de mi sexo, pero las compadezco muy de veras, si solo se

prendan de un esterior.'' — »¿Jamas has notado en Carvino nada de estraordinario y de misterioso?''— »No señor.... ¿Para que detenernos en todas esas cosas? El no necesitaba mas que darse á conocer para hacerse amar. Y ¿á que buscar misterios en donde no hay nada que no sea muy simple y natural?''

»Su injenuidad y franqueza me quitaron toda sospecha de que estuviese de intelijencia con Carvino en sus criminales empresas, ni que estuviese mas adelantada en su confianza de lo que manifestaba; pero advirtiendo ya algun descuido en esplicarse, traté de aprovecharme de la acasion para sacar algunas luces.'' — »¿Que te ha dicho en su última vista?'' — »Me dijo que ar-

rostraba los mayores peligros para venir á verme, decirme adios, y proveer á mis urjencias; que era inocente, pero que no queria presentarse; que iba á dejar por algun tiempo la colonia; sin embargo, que no tardaria en justificarse ante los mismos tribunales. Se esforzó en tranquilizarme, pues no era desesperada su situacion, ni jamás me abandonaria, y que se fiaba de mi fidelidad. Estaba sumerjida en lágrimas cuando me entregó la carta que os he mostrado con la órden de mil libras esterlinas, y asombrada al ver semejante cantidad, me obstiné en no tomarla; pero me estrechó á ello, haciéndome la reflexion de que solo era en calidad de depósito, y aun llegó á amenazarme con que si lo rehusa-

ba iria á entregarse en vuestras manos: — »No temais recibirla, María, me dijo, esta cantidad es mia, y no necesito de ella; tengo recursos y medios que no me dejarán carecer de nada. Toma, María, emplea útilmente ese dinero en vuestras necesidades; asi prosperará en tus manos, y quizá un dia me tendré por dichoso de hallarle en ellas. Este es un recurso que te pido me conserves para cuando pueda serme útil; á mas que yo no puedo actualmente presentarme sin riesgo en casa del banquero para retirar esa cantidad, que perderia del todo si te obstinabas en no admitirla. Estas reflexiones me hicieron aceptar la letra con que tanto anhelo, como repugnancia habia sentido hasta entonces, pues me dejaban

la esperanza de que volveria á verle, y seria suya. Abrazome tiernamente, y me dijo el último adios, y temblando de que pudiese ser reconocido al salir, colgada de su cuello le estorbaba que saliese, me oponia á su partida, gustaba quizá por la última vez el placer de estrecharle en mis brazos. Por fin habiéndome sosegado algun tanto, se apartó de mí, prorumpiendo:— »¡Adios, María; adios, buena, dulce y sensible María!" Y me dejó desmayada sin conocimiento, habiendo hecho entrar antes á una vecina, que con su caritativa asistencia me volvió á la vida. Esta es, señor, la exacta relacion de lo que ha pasado entre nosotros en esta última y penosa conferencia."

»Entonces, como por inspira-

cion, le pregunté: — »¿Adonde iba cuando á veces te dejaba de noche para salir de Filadelfia?" — »No estoy bien cierta de ello, señor; pero creo que se encaminaba entonces hácia las espaldas de la colonia, cerca de las montañas de Quitatini, en donde estaban situados los colonos que empleaban sus talentos y servicios." — »¿Podriais indicarme algunos de aquellos colonos?" — »No señor, y aun en caso de que lo supiese, me guardaria muy bien de nombrarlos."

»Al decir esto tenia puesta la vista en la almohadilla que le regaló Carvino; y como estaba abierta, pude satisfacer mi curiosidad rejistrándola por dentro, mientras que iba respondiendo á mis pre-

guntas sin dejar la labor. Noté en la parte interior de la cubierta un pequeño impreso de grabado, que contenia el nombre del mercader que la habia vendido, y bajo divisé distintamente la palabra *Lancaster*, nombre de una poblacion que confina con la ladera de las montañas de Quitatini, que toca con el desierto de San Antonio. Para asegurarme del nombre del mercader, hice como que la examinaba mas de cerca, alabando la labor, la estructura y pulimento; y cuando le creí bien grabado en la memoria, ponderando la elegancia do la alhaja, pregunté á María si Carvino la habia comprado en Filadelfia. — »No señor, que no las hay como esta en la ciudad; á lo menos jamás las he visto.'' — »¿Po,

drias decirme en donde la ha comprado? porque es preciosa." — »No creo que sea en Filadelfia, porque me la trajo cerca de seis meses hace al volver de una larga ausencia."

»Convencido del candor y buena fe de la pobre María, á la cual compadecí de veras, me retiré con la firme persuasion de que estaba enteramente ignorante de la conducta de Carvino, y me decidí á no molestar ya sobre el particular ni á la madre ni á la hija."

CAPITULO IX.

»Al dia siguiente me trasladé con dos ajentes de policía á Lancaster, situado efectivamente cerca de los confines de la colonia, y los envié

disfrazados por todas las casas de los nuevos colonos, á fin de que procurasen adquirir algunas noticias sobre Carvino, mientras que yo pasaba á casa del mercader que habia vendido aquella alhaja que vi en casa de María. Habiéndomele dado á conocer, le hice preguntas sobre el particular. Por la pintura que le hice del sugeto, recordó al momento que seis meses antes habia vendido aquel la almohadilla de bastante valor á un particular, del que me hizo una descripcion que convenia exactamente á Carvino; pero añadió, que aunque aquel sugeto hacia en su casa compras de grande precio, las pagaba de contado, y siempre se las llevaba él mismo, ó las hacia llevar á otro que le acompañaba, no permi-

tiendo jamás que se tomasen el trabajo de llevárselas á su casa. Por lo que no conocia á tal hombre, ni sabia en donde vivia; y lo mas que podia decirse es, que cuando se iba tomaba de ordinario la derecha, por la calle que conduce fuera de la ciudad hácia las montañas.

»Dejé al mercader decidido á seguir á todo trance el camino que acababa de indicarme, en la persuasion de encontrar el rastro de Carvino. Tomé la direccion señalada fuera de Lancaster, y á corta distancia divisé una cantina, en la cual no dudé que se hubiese parado Carvino al entrar ó salir en la ciudad, y efectivamente habia frecuentado aquel camino. Entro en ella con resolucion, y habiendo pedido algunos refrescos, entablo con-

versacion con la dueña de la casa, y acabo por preguntarle si mucho tiempo que no habia visto por su casa á un tal Carvino ó Burton, y le di las señas de su persona. Respondiome sin titubear que habia visto muchas veces en su casa, y sobre todo por las noches, á un particular, que aunque ignoraba el nombre, pero que su esterior correspondia con aquellas señas; pero que ya mucho tiempo que no le habia visto. — »¿Pasaba la noche en vuestra casa?" — »Jamás, señor; antes bien luego que habia tomado lo que necesitaba, proseguia sin detencion su camino." — »¿Sabeis de aqui adonde se iba?"— »No señor."

»Entonces un particular que se hallaba presente escuchándonos con

mucha atencion, tomó la palabra, diciéndome: —»Yo he encontrado varias veces á ese hombre cerca de mi casa. Yo soy un nuevo colono, que tengo mi plantacion entre los dos brazos de la Svatara, y le he visto con frecuencia ir costeando el que toma su oríjen en las montañas vecinas.''

»Me pareció que habia logrado la huella, y con esta confianza me volví á Lancaster, para aguardar alli las noticias que podian traerme mis emisarios, los cuales se reunieron conmigo al otro dia hácia la noche, despues de haber recorrido todas las rancherías de esta parte de las montañas, y ninguno de los colonos conocia á Carvino. Sin embargo, el que habia visitado las cercanías del fuerte Harris, adqui-

rió que un individuo de las señas dadas se le habia divisado muy tarde en los bosques vecinos, y que en efecto seguia aquel brazo de la Svatara.

»Como esta narracion confirmaba el aviso que el dia antes me habian dado en la cantina, comencé á esperar que pronto llegaria á descubrir el retiro de aquel hombre misterioso, y di órden á mis jentes de que se preparasen para acompañarme al otro dia al amanecer. Salimos de la ciudad á las cuatro de la mañana en número de quince, disfrazados de labradores, entre los cuales tenia diez soldados y un sarjento, hombres denodados, y con quienes podia contar en un todo. Llegamos al rio de Svatara, y habiendo reconocido el ángulo

que forman sus dos brazos, entre los cuales penetramos en una barca, haciendo alto en una vivienda de hermosa perspectiva. Al entrar reconocí al colono que habia visto en la cantina de las cercanías de Lancaster, y luego me conoció á pesar de mi disfraz. En pocas palabras le puse en el caso de que me prestara el servicio que podia, obligándome mi empleo á instarle á que sirviese de guia. Consintió en ello con la mayor complacencia, y le pedí que nos llevase remontando por el brazo del rio que habia visto seguir al hombre que le indicaba. No tardamos en llegar cerca de la cordillera de montañas á la última plantacion que se acababa de establecer y demostrar. Un paisano que poco hace estaba alli

establecido, me manifestó que no solo habia visto y hablado á Carvino, sino que en varias ocasiones le habia dado algunos consejos para precaverse de los peligros á que estaba espuesto por parte de los salvajes que pasaban de la otra parte de las montañas por la noche á atacar á los nuevos colonos, talar sus tierras, quemar sus viviendas, y aun degollarlos, para vengarse de que los hubiesen espelido de sus antiguas posesiones, de las cuales cada dia iban retirando sus lindes. Este mismo colono, que se llamaba Crosbi, confesó de plano que tenia de Carvino una liana ó bejuco, de América, con ciertos nudos, y que sacándola en los casos desesperados se haria de respetar de aquellos indíjenos, impidién-

doles que cometiesen contra él ningun esceso. Y en efecto habia sentido ya sus buenos efectos, pues internándose una vez en las montañas con dos esclavos en seguimiento de un venado, le sorprendió una cuadrilla de salvajes, que le llevaron consigo á una larga distancia, y ya se disponian á matarle. Amarrado á un árbol, ya el formidable tomiauc estaba levantado sobre su cabeza, cuando por fortuna divisaron los salvajes la liana tutelar, en la cual no habia pensado en medio de su aturdimiento. Al instante le ponen en libertad, le dan de comer y beber, le presentan el calumet, en señal de paz y de union, y le manifiestan que nada tenia ya que temer; y despues de haberle hecho

pasar la noche en una buena cama de pleita, le entregan su liana, haciéndole comprender el aprecio con que la debia guardar, en darle finalmente una escolta que le guiase hasta su habitacion, que los salvajes parecian mirar con grande respeto; los despachó muy satisfechos con un regalo, que consistia en algunas botellas de aguardientes, y hachas para derribar árboles. Nos aseguró que desde aquella época habian hecho los salvajes muchas espediciones contra sus vecinos, de que resultaron muchas víctimas; y que habiendo pasado por su hacienda para hacer sorpresas, no le habian causado el menor daño, ni hecho el mas leve agravio ni ofensa, cuyo miramiento ó distincion le habia puesto muy

mal con sus vecinos, los cuales le acusaban de intelijencia con sus enemigos, lo que le motivaba una continua pesadumbre.

»Segun esto, era evidente que Carvino no solo tenia relacion con los salvajes, sino á mas tenia sobre ellos una influencia muy poderosa. ¿Que conexion podia tener con ellos para que le dispensasen semejante proteccion? Y ¿como habia llagado á lograr tanto poder sobre una clase de hombres que nada ha podido civilizar hasta entonces? Todo esto me parecia asombroso; y asi pregunté al señor Crosbi, qué servicios habia podido hacer á Carvino para haberle conseguido un favor tan estimable. — »Ninguno, me respondió; tan solo me ha hecho prometerle que jamás hablaria

de él á nadie, ni diria nunca que le habia visto, ni le descubriria en ninguna manera. Pero yo no puedo acertar en qué puedo serle útil guardando semejante secreto, ni en qué puedo perjudicarle divulgándole; á menos que no sea efectivamente uno de aquellos enemigos de la prosperidad pública, que se emplean en sublevar á los salvajes contra nosotros, y en suministrarles los medios de desolar la colonia. Finalmente, yo le agradezco esta proteccion; pero mas quiero, si es preciso, correr la suerte comun con mis vecinos, tener parte en sus riesgos, y vivir con ellos en buena armonía, que aislado en el abandono, cubierto de sospechas, menosprecio y resentimiento. Vos me pareceis, señor, una persona

de justicia, y esto me determina á declararos la verdad, á fin de que podais emplear vuestra autoridad en reponerme en su buena opinion, no pudiendo por mas tiempo vivir en este estado; pues si debo sufrir, mas quiero que sea de parte de los salvajes que de mis compatriotas.

»Le prometí emplear todo mi poder para restablecerle en un buen concepto, y le dije: — »Guardad vuestra liana tutelar; aprovechaos de esta especie de talisman, que haré de manera que no os quieran mal, ni os conserven ojeriza por la defensa que os proporciona. Entre tanto reuníos á nosotros, conducidnos á las montañas hácia donde habeis notado que Carvino se dirijia ordinariamente.” — »Con mucho gusto, señor; mas no adivi-

no en qué pueda parar esto, porque si penetrais mucho mas adelante, podeis, como me sucedió á mí, encontrar con los salvajes, y no sé si mi liana bastaria para preservaros de la suerte que me estaba destinada.''—»Todos estamos bien armados, le respondí; traigo conmigo jentes de valor y denuedo, y ya que por vuestra parte no correis riesgo alguno, ireis delante, y nosotros os seguiremos á cierta distancia, y si descubrís de lejos alguna porcion de salvajes, os parareis, y esta será la señal para nosotros de una pronta retirada, que podremos ejecutar con firmeza y prudencia; pero caminaremos juntos hasta el pie de las montañas, con solo indicarnos la ruta que habeis visto tomar á Carvino.''

»Hízonos tomar una senda que parecia poco frecuentada, y me aseguró que solo la habia pisado Carvino. A medida que íbamos adelantando parecia borrarse la senda, y apenas podíamos distinguirla al llegar á las montañas en donde casi no parecia hollada la yerba. Nos aseguró el señor Crosbi que muchas veces habia seguido con la vista á Carvino hasta aquel punto, y luego se internaba verosimilmente por los desfiladeros, para tomar en seguida los pasos y subidas menos difíciles. Hicimos alto antes de tomar la última direccion, sintiendo perder la senda que nos servia de direccion, y uno de los nuestros que le habia precisado separarse un instante, habiendo dado con este motivo una vuelta á la pendiente

de un ribazo, volvió con un pedazo de papel escrito que acababa de encontrar en el suelo; al parecer ya hacia tiampo que estaba espuesto á la intemperie del aire, porque la letra estaba casi borrada; no obstante logré distinguir estas palabras: *se cree que habeis partido; pero bien pronto se dará á entender que Carvino no sabe huir*.

»Era evidente que este fragmento era parte de una carta dirijida por uno de sus principales ajentes á Carvino, quien se habria parado á leerla en el sitio, en donde se le encontró, y por lo mismo persuadidos que por aquella cuesta seguia su ruta, la tomamos haciendo alto en el mismo lugar en donde habia recojido el papel. Pero el viento acaso la habia arrebatado á una lar-

ga distancia de donde habia caido, y estraviarnos por diverso camino. Vacilando entonces sobre el qué debíamos tomar, se advirtió que la yerba á algunos pasos de alli estaba pisada. Seguimos aquellas huellas con mucha precaucion adelantando cautelosamente. Iba yo delanté, y no ponia el pie sino en donde tenia la certeza que otro le habia puesto antes; y quedamos sumamente sorprendidos al hallarnos de repente delante de una roca cortada perpendicularmente, que no ofrecia ningun paso. Hice parar toda mi comitiva, prohibiendo que nadie se moviera de su lugar. Temiendo que nos hubiesen engañado, mandé en aquel estado de inmovilidad que examinasen todo lo mas lejos que pudiera estenderse

la vista, la yerba que en aquel paraje estaba muy alta, pero nada se descubria que pudiera reanimar nuestras esperanzas.

»¿A que habíamos de proseguir á la aventura, esponiéndonos á estraviarnos mas, sin poder adelantar media legua lo restante del dia, y la noche nos hubiese dejado en el mas inminente peligro? Por otra parte no hallábamos ningun viviente de quien pudiéramos tomar señas, me desolaba al ver que todos mis esfuerzos habian sido infructuosos, de modo que estaba resuelto á volverme á Lancaster y mudar de plan. Teníamos á la verdad intelijencias con los salvajes, y empleando este conducto para el éxito de mi empresa, podia saber con qué tribus tenia Carvino relacio-

nes mas estrechas, y si se hallaba en su poder, no dudaba que me le haria entregar prodigando regalos; porque aunque nada hubiera determinado á los salvajes á obrar asi con ninguno de los suyos, me lisonjeaba que no vacilarian respecto á un colono; y que por mas servicios que les hubiese hecho, con mas ó menos aguardiente se venceria la dificultad.

»Con esto nos disponíamos á tomar el camino de Lancaster, cuando una súbita tempestad nos obligó á ponernos á cubierto bajo el flanco de la roca, hasta que hubiese parado. Para mejor guarecernos fuimos apartando algunos arbustos que impedian acercarnos, y apenas los habíamos desembarazado, descubrimos en la base de

aquella inmensa mole una abertura muy estrecha, que examinada de cerca parecia irse ensanchando segun se internaba por debajo la montaña. El suelo en aquel sitio estaba tan practicado, que apenas ofrecia un solo tallo de yerba, y las ojas de los arbustos que cubrian la abertura, estaban evidentemente ajadas y marchitas. No dudé ya en que por fin hubiésemos descubierto el retiro de Carvino, y llegado al término de nuestras indagaciones. Mas juzgando por lo que permitia la vista, aquella caverna podia estenderse muy lejos, y era temeridad el querer rejistrarla sin luces. Sabia que en la infancia de la colonia y antes de la espulsion de les salvajes á la otra parte de las montañas, aquellas in-

mensas cavernas les habian servido para refujiarse en grande número, y despues por la noche caer improvisamente sobre los colonos, y talarles sus posesiones.

»No obstante estaba bien resuelto á no desamparar el sitio sin haber sondeado el subterráneo. Hice preparar las armas, y entre tanto envié al señor de Crosbi, de cuya vivienda no nos habíamos separado mas de una legua, á que buscase pedazos de leña embreada, con que alumbrarnos al aire libre, y para dar por la noche la señal de alarma cuando atacasen los salvajes. Volvió al cabo de tres cuartos de hora, y habiendo hecho encender las hachas, hice que cada uno tomase una, y con la otra mano el arma de fúego; y decididos á ar-

rostrar todos los riesgos, y vencer todos los obstáculos, bajamos á aquella caverna por una entrada muy difícil.

CAPITULO X.

»Al entrar encontramos obstáculos insuperables, y aunque muy angosta hasta cierta distancia, se fue ensanchando poco á poco; mas hallábamos algunos pasos muy estrechos, que nos obligaban á entrar uno tras otro cón bastante pena. Facilmente se echaba de ver, que la mano y trabajo del hombre habian con frecuencia ayudado á la naturaleza ensanchando á trechos el camino, y dejando con designio algunos pasos difíciles para poder defenderse en caso necesario. Esta

fábrica era sin duda de los salvajes de tiempos muy remotos, tal vez antes del establecimiento de la colonia, y en ella un corto número de hombres hubiera podido mantenerse y atrincherarse contra fuerzas muy superiores. Lo que nos confirmaba en esta idea es, que cerca de los acortamientos ó estrechos, se hallaba un enorme peñasco que se habia desgajado del mismo flanco de la caverna, y estaba dispuesto de manera, que cerraba y encubria enteramente aquellos pasos.

»Habíamos hecho á lo menos una legua por bajo de tierra, observando atentamente la direccion que indicaba una pequeña brújula que habia tenido la precaucion de llevar conmigo. Al llegar bajo de las mas altas montañas descubrimos repen-

tinamente á alguna distancia una luz muy viva y estraordinaria. — »Aqui está, esclamé, aqui está, prosigamos." Los que me acompañaban parecieron al pronto quedar amedrentados, y aun rehusaban pasar adelante, porque debian estar muy lejos de aguardar lo que habian divisado, por mas que creyeran que su valor les sacaria con felicidad de cualquier otro encuentro, y sus dudas é incertidumbre les quitaba toda firmeza. Procuré enterarlos de los medios de que sabia hacer uso Carvino, y de las estratajemas de que sabia valerse, diciéndoles: — »Bien puede emplear todos sus ardides, pero los tengo ya conocidos; y por otra parte no es mas que uno, y nosotros somos bastantes para no temerle en este

paraje, en donde, aun suponiendo que esté acompañado, no se nos puede arrollar; asi, amigos, adelantemos con valor, pero con cautela."

»No tardamos en llegar al lugar que nos habia parecido iluminado con tanta viveza; y en efecto la luz de nuestras hachas se obscureció por otra claridad, que desapareció para volverse á manifestar á otra distancia.—»Nada tenemos que temer; grité entonces; huyen de nosotros, y solo quieren amedrentarnos: adelante:" y me siguieron todos. Segun adelantábamos creí que aquella especie de metéoro se iria alejando para trasladarse mas lejos; pero asaltó nuestros oidos un grito lúgubre y penetrante que parecia salir de las entrañas de la

tierra, y que engrosado y repetido por los ecos de aquella espantosa caverna, parecia provenir en aquel lugar de algun espíritu infernal; y al mismo tiempo el horroroso meteoro desapareció de nuevo para fijarse á mayor distancia.

»Nuestros compañeros se pararon, erizados sus cabellos, negándose decididamente á pasar adelante, de modo que en aquel instante necesité de toda mi elocuencia para reanimarlos. — »Amigos mios, nada hay de sobrenatural; yo creia haberos sosegado ya suficientemente contra todo temor pueril: todo lo que veis no son mas que los esfuerzos de un intrigante, que no se atreveria á intentar nada contra nosotros á cara descubierta, y que solo quiere intimidarnos; asi

todo el mundo me siga, que yo voy al frente.'' Con esto logré sosegarlos; me siguen los mas esforzados de cerca, y los otros á alguna distancia. No quise vituperarles á estos últimos su timidez, porque en una situacion difícil y peligrosa se debe sacar de los hombres el mejor partido posible; y el mismo cobarde, como no se retire pertinazmente, puede llegar á ser muchas veces un instrumento útil con sus consejos de prudencia.

»A la verdad esperaba alguna nueva sorpresa, en la cual, si hacia mucha impresion, estaba espuesto á que me abandonasen; en cuyo caso no podria prender por la fuerza á un hombre como Carvino, en un atrincheramiento en que no estaria solo, sino en estado

de defensa. Al llegar al foco de luz mandé hacer alto á toda mi jente, diciéndoles: — »Pensad en que nos va á suceder algun acontecimiento, pero no debe intimidaros, porque si se hallasen con fuerza para ofender ó defenderse, ciertamente hubiesen empleado otros medios para impediros penetrar hasta aqui. Todo, pues, nos confirma en que lejos de recelar, debemos sobreponernos á tan infundados temores."

»No tardé en felicitarme de la precaucion que habia tomado, porque al acabar de pronunciar estas palabras, y que apenas nos habíamos puesto en movimiento, volvió á desaparecer el metéoro, y oimos al mismo tiempo voces espantosas acompañadas de una violenta deto-

nacion, que apagándonos las hachas nos dejó en la mas profunda obscuridad. Confieso que de pronto me atemoricé, y verosimilmente me hubieran abandonado todos, si todavía les hubiera sido posible la retirada; mas por fortuna no se veia paso para retroceder; y sin duda la desesperacion ha logrado muchas veces lo que no hubiera podido alcanzar el valor mismo. Sentia que se apiñaban á mi rededor en silencio, como aguardando que yo les hablase, ó propusiera algun medio, y no tardé en salir de aquel apuro. —»Estamos ya demasiado empeñados, les dije, para retirar sin riesgo, sin duda mayor que en ir adelante. Lo que acaba de suceder prueba que tocamos el término de nuestras indagaciones y

deseos. No podian emplear para hacernos desistir de nuestra empresa otros medios que estos; y la detonacion que acabais de oir, tenia ciertamente por objeto apagar nuestras hachas asustándonos, para obligarnos á retroceder. Lo cierto es que el metéoro ya no se ha manifestado, y su desaparicion os prueba que todo esto es un puro artificio..... ¿Trae alguno eslabon?" Respondiéronme que traian, y mandé que á tientas me entregaran las cajas de yesca, y las vacié en un sombrero, y cuando consideré que tenia bastante hice dos porciones; envolví la una en un papel y la guardé en la faltriquera, y dejando la otra en el sombrero, hice sacar fuego con los eslabones. Prendió la yesca, y cuando estuvo

bien encendida, hice aplicar las estremidades de las mechas. Derritiéndose en el foco la brea, proporcionó al instante una llama muy viva, con que se fueron encendiendo las hachas. La nueva luz restituyó el valor á mi escolta, pero era preciso precaver la repeticion de semejante accidente, y de conservarla. Encargué á los tres que parecian mas acobardados á que me siguieran á cincuenta pasos, y se prestaron con mucha facilidad; y puse al señor Crosbi detras de ellos para quitarles toda idea de retirada, y aun muchos quisieran ir en esta retaguardia. No obstante no quise acelerar la marcha á fin de darles el tiempo de rehacerse; porque á la verdad un héroe necesita á veces de reflexionar y vencer las

debilidades de nuestra triste humanidad.

»Dirijimos nuestra vista por todas partes, y no vimos nada que nos pudiese estorbar la retirada, ni que nos hiciera temer una sorpresa. La caverna se prolongaba hasta perderse de vista, aunque esta no se estendia á grande distancia. Hice tomar á todos un trago de ron, y luego que tuve á mi escolta en buena disposicion, les anuncié que iba á abrir la marcha, poniéndome delante con dos de los mas valientes. Ya entonces se ofrecian todos con anhelo, de modo que hube de escojer, y aun consolar á los otros. El hombre es como una máquina, que cualquiera cosa arma y desarma, dependiendo todo el éxito en semejantes

ocasiones de la intelijencia del jefe. Alabé su intrepidez con el fin de alentarla; impuse silencio á los cobardes, é hice lo que debe hacer un buen comandante en lances de peligro. Escojí para que me siguieran de cerca al primero de los colonos, y al sarjento que mandaba mis diez soldados, y nos pusimos en marcha. Iba adelantando con una estremada cautela; el subterráneo en aquel sitio no estaba recto, y formaba muchos senos; para ensancharle se habian escojido con preferencia los parajes de una piedra floja, mientras que en otros se habian hecho grandes rodeos, abriendo de derecha á izquierda vastos escondrijos, de los cuales habia algunos que podian contener hasta doscientos hombres.

»En fin llegamos á uno de aquellos sitios, mas ancho que los otros; rejistramos con la vista alrededor para descubrir la abertura que debia indicarnos la continuacion del subterráueo, y no divisamos ninguna. ¿Luego habíamos llegado al remate de aquella misteriosa caverna? ¿En esto debian parar nuestras arriesgadas indagaciones? No podia creerlo. El sitio era regular y de unos cincuenta pies cuadrados; le recorrimos todo muchas veces sin hallarle salida, y aun parecia que terminaba alli el subterráneo. A la verdad no sabia que pensar, porque aun cuando hubiese podido dudar que aquella caverna era la habitada por Carvino, me hubiesen convencido de ello las estra-

tajemas con que se habia querido inspirarnos terror. A mas, persuadido tambien de que debia hallarle alli, por mas que no viésemos á nadie, hice guardar el paso estrecho por donde habíamos entrado, y haciéndome acompañar con muchas hachas, di una vuelta examinando con atencion si se hallaba alguna abertura. Despues de examinar con grande escrupulosidad descubrí un enorme peñasco, separado de las piedras naturalmente, porque se veia que estaba desunido por arriba y por ambos lados. Al rejistrarla por debajo, advertí que aquella mole estaba efectivamente separada del suelo, con lo que no dudamos ya que cerraba la entrada de la guarida de Carvino, y que

nos apoderaríamos de aquel aventurero, si llegábamos á conseguir el pasar adelante.

»Sin embargo, ¿como era de esperar mover de su puesto semejante mole? Esta empresa era visiblemente superior á nuestras fuerzas. Mas tambien, ¿como Carvino habia podido solo hacerla mover? El suelo en donde tocaba parecia estar recientemente pisado, y que al arrastrar esta masa se habia llevado parte de la superficie, y los cascos que habia desprendido el golpe, probaban que se acababa de cerrar aquella entrada, manifestando todo la violencia con que se habia colocado aquel pedrusco. Sin detenernos, pues, á adivinar los medios que habian podido emplear para ponerle en movimiento, em-

pezamos á temer, y con razon, de que no estaria solo Carvino en aquel retiro.

»Fui preguntando á todos su dictámen, y quedé maravillado al hallar á mis jentes mas esforzadas de lo que pensaba. Con que dejasen de recelar efectos sobrenaturales, y que estuvieran persuadidos que estaba alli al que buscaban, y que sin duda los temia cuando procuraba atrincherarse de aquella manera; esto era bastante sin duda para alentarlos, aumentando todavía su ardor una reflexion del señor Crosbi.—»Para que este hombre, les dice, haya tomado tanta precaucion en ocultarse antes de haber podido preveer que se le buscase aqui un dia por delitos cometidos en Europa, es preciso que

tenga que conservar otra cosa á mas de su individuo; y estoy bien cierto de que si nosotros logramos pasar adelante, no tardaremos en vernos recompensados ventajosamente de nuestros trabajos. Apoyé esta observacion, procurando sin dilacion alcanzar del gobierno á lo menos la parte que se acostumbra dejar para el aprensor en semejantes circunstancias, y esta promesa los animó en términos que aun hube de contenerlos, moderando su ardor, y les dije:—»No pensemos en apartar esta enorme masa á fuerza de brazos; ya que tenemos bastante pólvora hagámosla saltar con su auxilio.''

»Para comprimir la pólvora empleamos la brea, introduciendo una mecha que hicimos de un chaleco

de algodon, tapándola fuertemente. El terreno en que sentaba la roca era bastante flojo, y en la ayuda del pico de una hacha logramos ahondarle y apretar la brea con algunas piedras angulares que echamos en la abertura. La estremidad de la mecha que salia fuera se envolvió con un pliego de papel cubierto de pólvora, de la cual hicimos un grande reguero que remataba fuera de aquel recinto, del cual nos salimos todos al punto para ponernos en salvo de todo fracaso. Unánimemente me cedieron el honor de dar fuego á la mecha: le apliqué á la reguera, y al momento se oyó una terrible esplosion. Acudimos, y con un gozo inesplicable vimos el pedrusco hecho mil cascos, cubriendo con sus es-

combros la nueva abertura.

»Todos me miraban en ademan de deferirme el honor de pasar el primero. Entro, y me siguen todos con ansiosa curiosidad, dejando á uno de mis colonos con dos soldados para guardar la entrada, y nos hallamos en un vasto subterráneo, en cuyo centro se veia una fuente irregular con un surtidor. Por el ámbito del recinto de aquel subterráneo se contaban doce puertas formadas de gruesas cañas trabadas con lianas, y que daban entrada á otras tantas cavernas particulares. Iban ya á entrarse sin precaucion, tan estremado era el ardor del botin; pero les prohibí que se desparramasen, antes que se hubiesen apoderado de Carvino, siendo este el caso de

obrar con la mayor circunspeccion, lo cual no me costó mucho de persuadirles. No obstante, estábamos en la creencia que Carvino habia de estar en aquel recinto, y que no estaba á solas, aunque un gran número de hombres no h ubiera podido substraerse de nuestra vista.

»En una de las doce cavernas, entapizada de un musgo, que cubria en abundancia á una hamaca de lianas, descubrimos otra puerta disimulada. Habiéndola abierto, nos hallamos con un corredor que nos pareció la continuacion del subterráneo. Dejé tambien alli uno de mis ajentes de policía con otros dos soldados para guardar este nuevo paso; prohibí que se tocase la menor cosa hasta mi vuelta, y me interné con el resto de mi jente por

aquel nuevo camino bastante recto y ancho, para que en caso de necesidad pudiese pasar un carruaje. Habríamos andado una media legua, cuando en fin creimos divisar la luz del dia ó del sol; y unos doscientos pasos mas adelante, despues de haber apartado con dificultad algunos ramajes de alerces que encubrian la salida, nos hallamos al aire libre, en medio de un bosque de abetos muy enmarañado. Sabia que de aquellos árboles no se hallaban sino mas allá de las montañas de Quitatini en los confines del desierto de San Antonio; y asi era cierto que habíamos atravesado aquellas montañas, y corrido mas de tres leguas por debajo de tierra.

»Era tambien evidente que Car-

vino se habia escapado por esta salida al traves de aquellos bosques casi impracticables, y muy peligrosos, porque los salvajes los recorrian con frecuencia. Hubiese sido, pues, imprudencia el pasarlos, esponiendo á estraviarnos sin esperanza de volver jamás á nuestro camino. Segun todas las apariencias, por muy poco se nos habia escapado Carvino, y con la prueba que habíamos logrado de sus relaciones con los salvajes, era ya probable que habia ido ya á juntarse con ellos; y aunque podia volver con nuevas fuerzas, era una grande ventaja hacerse fuertes en aquel sitio, y guarecerse de todo insulto. Ibamos ya á tomar las medidas para este efecto, cuando el señor Crosbi nos hizo observar que

aquella entrada no podia estar muy lejos del fuerte Shamochin, situado en la confluencia de la Susqueanna; que muy felizmente traia consigo la liana tutelar; que dirijiéndose por la izquierda con la ayuda de mi pequeña brújula, tomaria á su cargo el ir á buscar veinticinco hombres, si queria darle una órden para el comandante del fuerte. Acepté su oferta, y al instante le estendí la órden que pedia, encargándole que en caso de encontrarse con los salvajes, les dijese que habia atravesado las montañas para pasar al fuerte de Shamochin, en donde tenia un pariente suyo que estaba de guarnicion, y que se habia perdido en el camino.

»Habiendo partido, hice colocar gruesos peñascos á la salida, sien-

do los intervalos como troneras para hacer fuego en caso necesario. Aposté allí seis soldados que me quedaban todavía con su sarjento, tan bien atrincherados, que hubieran podido mantenerse firmes contra una tribu entera, y les prometí que al primer tiro de fusil al punto acudiríamos todos á socorrerlos. Dadas estas disposiciones, me volví con el único hombre que me quedaba, que era uno de mis ajentes de policía, á la parte del subterráneo habitada por Carvino; en donde nos recibieron con grande alegría los seis hombres que habia dejado, á los cuales informé de cuanto habia pasado, y del refuerzo que el señor Crosbi no dejaria de traernos á la tarde.

»Rejistrando con todo cuidado

las ruinas de la enorme masa que á nuestra llegada habia hecho mover Carvino para encubrir la entrado de su retiro, encontramos unos quicios enormes de hierro clavados aun entre aquellas ruinas, los cuales dando vuelta á aquella masa sobre un plano inclinado, con la menor cuña bastaba para detenerla, pudiendo cerrarse al caer sobre sí misma. Una máquina, de la cual, aunque hecha pedazos, quedaban algunas piezas, facilitaba á un hombre robusto el abrir aquella puerta enorme, y tenerla suspendida. El fuego de la mina, que lo habia estrellado todo, nos privaba á la verdad de aquella preciosa defensa; pero no teniendo ya que temer que nos atacasen por la parte por donde habíamos en-

trado, y sosegándonos las medidas tomadas á precaucion, nos entregamos con ansia al rejistro de cuanto nos rodeaba.

»La primera caverna que contenia la cama de Carvino, detras de la cual se hallaba la puerta secreta por donde se habia escapado, solo tenia una enorme lámpara colgada en el centro. Todas las cavernas tenian otra semejante, que encendimos sucesivamente antes de proceder al nuevo rejistro, y en todos estos retiros habia armas cargadas, y en el mejor estado posible.

»En la segunda caverna se hallaban muchos cofres, puestos sobre fuertes banquillos de cañas, los cuales encerraban, á mas de una grande cantidad de ropa blan-

ca, una asombrosa variedad de trajes de toda especie y de todas naciones, entre los cuales reconocimos tambien de los salvajes de diversas comarcas circunvecinas.

»La tercera tenia una copiosa y elegante biblioteca, y en medio una grande mesa con un tapete, y cargada de papeles, libros y recado de escribir.

»Era la cuarta un laboratorio completo de física y química, con todos los instrumentos y máquinas necesarias para hacer esperimentos de todo jénero.

»La quinta servia de cocina, y presentaba toda la batería, suministrando el agua necesaria una cristalina fuente que se perdia á poca distancia.

»La sexta servia de almacen de

combustibles que la llenaban toda.

»En la séptima y octava estaban las provisiones de toda especie, y comestibles en barriles, las cuales eran inmensas, consistiendo por la mayor parte en salazones, carnes ahumadas, frutas secas y confitadas, bizcochos y harina en abundancia.

»Guardábanse en la décima los caldos, vinos, aguardientes, ron y licores; y las dos últimas estaban tan llenas de víveres, que en caso necesario habia alli con que mantener por algun tiempo un ejército entero.

»La undécima no presentaba sino un vasto pozo de una profundidad incomensurable, y en que verosimilmente se echaba lo que podia inficionar el aire, lo cual era

de la primera importancia evitar en aquel lugar subterráneo.

»Contenia la duodécima únicamente dos grandes cofres de un peso enorme, aherrojados, y con muchas cerrajas, que no pudiendo romper de pronto, dejamos su rejistro para otro tiempo.

»Finalmente observamos que la grande pieza del medio, por donde se entraba á estas doce cavernas, estaba guarnecida por todo el circuito de tres órdenes de gradas cortadas en la roca, elevadas en forma de anfiteatro. No dudamos que aquel sitio habia sido en otro tiempo una de aquellas famosas guaridas, en las cuales en el establecimiento de le colonia, se reunian los salvajes para conspirar su destruccion.

»La noche se iba acercando, y sentíamos una hambre voraz, que nadie nos impedia que satisfaciésemos; asi habiendo hecho una abundante distribucion de comida, iba á enviar su porcion á los que estaban en las avanzadas, cuando un tiro de fusil nos alteró el sosiego, obligándonos á encaminarnos precipitadamente hácia los puestos que ocupaban.

»Al llegar supimos la vuelta del señor Crosbi con los veinticinco hombres que habia traido del fuerte, del cual no distábamos en efecto mas de cerca de una legua. No tuve presente al partir aquel colono de convenir con él en una señal, lo que dió motivo para que al acercarse la centinela hubiese disparado á fin de ponernos sobre

las armas. Este valiente venia estenuado de hambre y de fatiga, no habiendo querido detenerse ni un momento en el fuerte para tomar algun refresco; tanto era lo que temia llegar tarde, y que nos atacasen los salvajes. Hice que le diesen lo que necesitaba, igualmente que á su escolta, y mandé cerrar con toda vijilancia la entrada de la caverna, dejando veinte hombres en su defensa, con la prevencion de que los relevarian de cuatro en cuatro horas; y llevé á los otros al retiro de Carvino, en donde despues de una buena cena, pasamos tranquilamente la noche junto á una buena lumbre.

»Contome el señor Crosbi que habia encontrado á Carvino solo á la salida del bosque, y cuando fe-

lizmente estaba á la vista del fuerte, y que habiéndole conocido le preguntó de dónde venia, adónde iba, y por dónde habia pasado; y á mas si habia encontrado á alguien, ó visto á los salvajes. Confesome que siendo solo no se habia atrevido á prender á un hombre tan robusto y arrojado; y que asi le habia respondido, segun habíamos acordado, que entonces habiéndole visto internarse en los bosques, y alejarse con precipitacion, no dudaba el señor Crosbi que hubiese ido á los salvajes; pero que estando á tanta distancia, no era probable que pudiese reunirlos á tiempo para venir á atacarnos aquella noche, y estábamos bien asegurados que no se atreverian á hacerlo de dia, estando en aquel re-

tiro, y tan cerca del fuerte de Shamochin.

CAPITULO XI.

»Al dia siguiente muy de mañana mi primera dilijencia fue escribir al comandante del fuerte una carta, en que le rogaba me enviase sin tardanza los carruajes que pudiese tener á su disposicion, para transportar al fuerte los artículos de que nos habíamos apoderado. Inmediatamente hice descerrajar los dos grandes cofres que antes no pudimos abrir. Cual fue nuestro asombro al encontrar en ellos una corona enriquecida de piedras preciosas, algunos adornos y vestiduras reales, una cajita llena de pedrería de un valor inesti-

mable, doscientas mil libras esterlinas en oro, muchas barras ó rieles de este metal precioso, y una porcion de papeles manuscritos, la mayor parte en lengua portuguesa, entre los cuales noté uno de la mano de Carvino, el cual contenia su vida entera hasta la época de su llegada á la América, cuyo descubrimiento fue de un interés inapreciable para la conservacion de la colonia.''

»Interrumpí al señor Hallet para preguntarle si conservaba en su poder aquel último manuscrito, y respondiome que habia hecho sacar una copia, que me traeria al dia siguiente. Le rogué que no lo pusiera en olvido, y que continuase entonces su narracion.

— »Habiendo llegado temprano

los carruajes, hice sacarlo todo y cargarlo, tomando nosotros el camino del fuerte Shamochin, adonde llegamos sin haber tenido ningun tropiezo. Al otro dia hice embarcar aquella rica presa por el rio, y los bajeles bien escoltados bajaron sin obstáculo hasta énfrente de Lancaster, en donde puesta en los carruajes, antes de anochecer ya estaba felizmente en Filadelfia, y lo entregué todo en manos del gobernador. Mientras que bajábamos por el rio se dejaron ver de trecho en trecho por la ribera algunos hombres, que no podian ser sino emisarios de Carvino, en especial por los sitios mas poblados de árboles; mas no se atrevieron á emprender nada contra nosotros, y por nuestra parte nos guarda-

mos bien de interrumpir la navegacion bajando á tierra para cojerlos, porque era probable que querian atraernos á alguna emboscada para acabar con nosotros, aprovechándose de nuestra imprudencia para apoderarse de todo el convoy.

»A mi peticion consintió el gobierno en ceder para los aprehensores los muebles y acopios de víveres, cuyo producto, que ascendió á mas de diez mil libras esterlinas, se repartió entre ellos, despues de haber apartado una gratificacion de doscientas libras esterlinas para la escolta que habia venido á pasar la noche con nosotros, y que nos habia acompañado hasta Filadelfia. Al mismo tiempo recibí como un testimonio de la gratitud del gobierno la biblioteca entera,

apreciable por copiosa y selecta, con un oficio muy lisonjero, en que aprobaba el celo, la constancia y firmeza con que habia dirijido y terminado aquella arriesgada empresa.

»Estableciose una fuerte guarnicion en aquel subterráneo, que entonces daba el ser á todos los fuertes de las inmediaciones; porque este punto preservaba en lo venidero á los nuevos colonos de toda incursion de parte de los salvajes, los cuales no solo no se atreverian ya á pasar las montañas, sino que se hallarian tambien espelidos de los bosques adonde se abrigaban, y en que hasta entonces no se habian atrevido á perseguirlos. Tuvimos una prueba de que Carvino habia reunido alguna fuerza la no-

che siguiente para atacarnos; porque habiendo dejado olvidadas por nuestra prisa las lámparas, supimos que cuando el destacamento llegó á tomar posesion de aquel punto, ya no las habia hallado.

»No me cabia la menor duda en que buscando á este criminal para entregarle á la justicia, y ponernos á cubierto de sus tentativas, se prestaria un servicio muy importante á la colonia. Sabíamos ya mucho tiempo que entre los forajidos que la Europa habia vomitado á nuestras costas, desterrados ó prófugos por sus crímenes, muchos se habian alistado al servicio de los salvajes, con los cuales estamos en un estado de hostilidad casi continuo; que ellos les servian de espías, y favorecian sus ataques, ad-

virtiéndoles las medidas que tomábamos para rechazarlos y frustrar sus designios. Sabíamos que sin aquellas traiciones hubiéramos precisado á los salvajes á conservar la paz, con que hubiera prosperado la colonia; pero ignorábamos que el mal fuese tan grande; que Carvino fuese el jefe, no solo de aquellos malvados, sino tambien de todas las tribus, y que hubiese adquirido tal inflencia sobre ellos, que organizára una basta conspiracion, que tenia por objeto apoderarse de toda la colonia, de la cual seria declarado el soberano.

»Esto es cuanto supo el gobierno por el exámen de los papeles hallados en el subterráneo, y era menester un hombre como Carvino para que ganase la confianza y ad-

miracion de los salvajes, para asombrarlos por los medios que le suministraban sus conocimientos y talentos, y dar tan grande consistencia á aquella conjuracion, y conseguir que le mirasen como á su libertador. Una muchedumbre de ajentes subalternos dirijian el plan, cuyas ramificaciones se estendian hasta los iroqueses, mas allá del lago Ontario. Estos ajentes recibian de las diversas tribus cantidades considerables de peletería, de que disponian en el comercio, cuyos productos abocados en las manos de Carvino, le habian acumulado en poco tiempó inmensos tesoros. El ataque jeneral estaba prefijado para la época en que los hielos facilitáran todas las comunicaciones. Entonces debian insinuarse

los emisarios por las guarniciones, para seducirlas á fuerza de oro, y apoderarse de los puertos. Un numeroso ejército de aquellos salvajes debia en el dia señalado caer sobre las ciudades principales, pasar á cuchillo á sus moradores, y proclamar á Carvino por rey de la América septentrional. El proyecto estaba ya en sazon, y todo preparado para el momento de ejecutarle; hasta las vestiduras reales, y hasta la diadema que debia ceñir su cabeza. La mayor parte de estos aventureros, que tenian relacion estrecha con los salvajes, están presos; á la verdad no se ha podido convencerlos de complicidad en la conjuracion; pero su mala conducta, su estado errante, junto á la ignorancia en que esta-

mos de sus medios de subsistir, son muy suficientes para estrañarlos del pais. Está, pues, prohibido á todo colono, que no esté debidamente autorizado, tratar directamente con los salvajes, los cuales por su parte, viéndose precisados á venir á nuestras tierras á traficar con sus jéneros, han hecho la paz, y habrán de mantenerla, si quieren aprovecharse de este recurso.

»A pesar de todas estas precauciones, mi estimada Clara, todavía no estábamos tranquilos, porque Carvino, este temible jefe de bandidos, estando aun en este pais, podria tener otros albergues, otros recursos, otros tesoros, y debíamos temer que renovase sus ambiciosos proyectos. Nada se habia

omitido para descubrirle: se puso su cabeza á muy alto precio; pero es tan poderoso el imperio que ejerce sobre sus adictos, que nadie se atrevió á entregarle. Vivíamos, pues, en continuas alarmas, cuando Carvino me libertó de ellas, abandonando públicamente la colonia.

»Nos tenia tan sobresaltados á todos aquella conspiracion, que la Nueva-Yorc, de la cual se habia de apoderar al mismo tiempo que de Filadelfia, nos hizo proposiciones para despachar comisionados á la metrópoli, á fin de representar nuestro riesgo, y alcanzar un cuerpo de tropas disciplinadas bastante considerable, para preservarnos en lo venidero de otra semejante tentativa. Habíamos convenido con

la Nueva-Yorc sobre la ejecucion de esta medida, suministrando aquella ciudad, asi como Filadelfia, tres comisionados, que presidiria el señor Digbi, uno de los principales majistrados, tan respetable por su edad, talento y esperiencia, como por el crédito que tenia en la corte, que acababa de enviarle recientemente á la América, y en el parlamento en que habia tenido asiento, y en donde conservaba amigos poderosos que le habian oido desplegar sus grandes talentos oratorios.

»Un hermosísimo navío que estaba para partir á Lóndres, fue dispuesto para recibir aquellos diputados, y provisto de todo lo que podia contribuir á hacer agradable el viaje, mientras ellos hacian sus

preparativos para la partida. Nos avisaron de que llegarian al dia siguiente por la tarde; y aunque ninguno de ellos me fuese conocido personalmente, nada olvidamos para recibirlos con el agrado y muestras del interes que nos inspiraba la comision de que venian encargados, y la gratitud que nos inspiraba el jeneroso afecto que los impelia á abandonar sus familias y hogares, en unos momentos tan críticos, para ir tan lejos, y atravesando los mares por conservar la salud comun.

»Llegaron tarde, y se los recibió con todos los honores que eran debidos á unos representantes de la colonia; se disparó la artillería; se hizo tomar las armas á la guarnicion, y fueron conducidos á un

banquete suntuoso, en donde se hallaban reunidas las principales autoridades, y todos los que en la ciudad merecian alguna consideracion por su talento, clase ó fortuna. Nos dejaron embelesados los profundos conocimientos que manifestaron aquellos tres diputados, en especial el señor Digbi nos inspiró con sus discursos una confianza sin límites, quedando convencidos de que no solo la merecia, sino que no era posible hacer una eleccion mas feliz.

»No contentos con el servicio inapreciable que iban á hacernos, nos hablaron sobre la conducta que debíamos observar durante su ausencia, y sobre las medidas que podian tomarse con los salvajes, dejándonos unos consejos tan sábios,

que probaban el conocimiento mas perfecto del pais, de sus recursos, y sus medios de defensa; de modo que muchos sentian verlos partir, conociendo que podian ser mas útiles allí, que yendo á reclamar unos socorros que otros igualmente podrian alcanzar. Pero estaba decretada la partida de ellos, y ya no se podia desistir de esta resolucion; antes bien instaban los momentos, el viento era favorable, y asi nos separamos para dejarlos descansar, porque debian embarcarse al amanecer. Fueron conducidos abordo al dia siguiente con los mismos honores y etiqueta, se dieron á la vela al estruendo del cañon, y de las aclamaciones de un pueblo reconocido que los colmaba de aplausos y bendiciones.

»Parte el barco, y nos volvemos á la ciudad, lisonjeados con la esperanza de libertarnos bien pronto de toda inquietud, y calculando en la época en que probablemente podia llegar el socorro que aguardábamos. Este dia lo fue de fiesta hasta la noche, en que un imprevisto acontecimientos interrumpió nuestra alegría, sorprendiéndonos con el mayor asombro. Por un oficio muy urjente recibo la convocacion para que en el mismo instante vaya á la casa del gobierno. Voy sin la menor detencion, y encuentro formada una numerosa junta de todas las autoridades, y descubro en medio á tres hombres abatidos, y á quienes no conocia. Pregunto quiénes eran, y de qué se trataba, imajinando que

se habrian prendido tres de los principales de la conspiracion, en cuyo número creia hallar á Carvino; pero me hicieron saber que no eran otros sino el señor Digbi y sus dos compañeros. Creyendo haberlo oido mal, me hago repetir las mismas palabras, y no habia padecido ninguna equivocacion ni error, pues eran ellos mismos.

»Contáronme, pues, que habiendo partido de la Nueva-Yorc el dia anterior por la mañana, para evitar una travesía tan larga, pasaron el Delavare en una barca por mas arriba de Easton, en donde fueron asaltados por unos hombres armados, quienes los amenazaron quitarles la vida á la menor resistencia que hiciesen; que los condujeron con sus criados muy adentro

en los bosques, entrando en una especie de caverna, en donde habia muchas personas que tomaron por jefes, al ver el profundo respeto que les tributaban los otros; que persuadidos á que se hallaban en manos de los conspiradores, creian ser inmediatamente sacrificados; y se disponian á pedir por la vida, cuando les anunciaron que la obtendrian si querian ser dóciles; que entonces les quitaron los papeles y vestidos, poniéndoles aquellas chamarretas que llevaban, pasaron la noche en continua zozobra hasta la madrugada, en que vino un emisario á noticiarles que acababa de partir un personaje de distincion; y entonces les hicieron montar á caballo, y conduciéndolos por sendas estraviadas hasta las

orillas de la Svatara, los dejaron diciéndoles, que si querian ir á Filadelfia, no tenian mas que seguir el rio hasta Lancaster, en donde encontrarian el camino real; y que finalmente les habian entregado un pliego para el primer majistrado de Filadelfia, prohibiéndoles, bajo pena de la vida, pararse ó retroceder; con lo que habian llegado en aquel estado, persuadidos que solo debian la vida al interes de conservarlos para que fueran los portadores de aquel pliego.

»Pedí que se leyera al instante, y me le entregaron. Era de Carvino, y estaba concebido en estos términos:

»Señor gobernador, cuando re»cibais esta carta, ya habré yo de-

»jado para siempre la colonia. Per»diendo mis tesoros, mis papeles »y mi retiro, pierdo los medios de »ejecutar mis proyectos, no que»dándome otro partido que alejar»me. Poco ha faltado para que rei»nase como soberano en una co»marca, en donde me buscaban co»mo á un hombre obscuro y lleno »de crímenes. Ya sabreis á estas »horas si habia yo nacido para lle»var una corona, y si me han de»bido confundir con los malhecho»res y asesinos. Antes de querer »gobernar á hombres, aprended á »conocerlos; y sabed que Carvino, »no solo era para reinar sobre vos»otros, sino tambien para ilustrar »esta comarca, realizando los altos »destinos que le llaman. Una incli»nacion irresistible á las mujeres

»ha estorbado y destruido constan-
»temente los mas vastos y brillan-
»tes proyectos; y la misma es la
»que en esta circunstancia me ar-
»ranca de las manos la diadema;
»pues un majistrado subalterno,
»con la única mira de asegurar la
»tranquilidad de una mujer que me
»habia cautivado, os proporcionó,
»descubriendo mi retiro, los me-
»dios de arruinar mis bien medita-
»dos planes. Lejos de envaneceros
»neciamente, debe serviros de lec-
»cion este contratiempo, guardán-
»doos bien de menospreciar al que
»hubiese llegado á ser señor vues-
»tro, si las mas sábias combinacio-
»nes fueran siempre suficientes pa-
»ra asegurar el éxito de las empre-
»sas. No os permitais mirar como
»un conspirador ni revolucionario

»inicuo, al que ambicionó restituir
»á los salvajes de esta comarca la
»libre posesion de un pais que les
»pertenece, y que nada autoriza á
»invadirle; y no olvideis jamás que
»si yo hubiese tenido la dicha de
»salir en bien, hubierais sido en-
»tonces vosotros los culpados. No
»obstante os doy las gracias por la
»acojida que me habeis dispensado,
»y los honores que me tributasteis,
»que ahora sabreis ya cuan debidos
»me eran. No me correspondia huir
»como un obscuro aventurero, y
»asi he debido convenceros al tiem-
»po de dejaros, que era inaccesible
»al temor. Consolaos con la publi-
»cidad que ha acompañado mi par-
»tida, y que era necesaria, para
»que no os quedase ninguna duda
»de mi separacion. Esta asegura de

»una manera solemne la tranquili»dad pública, pone fin á las inda»gaciones y calumnias contra los »adictos á mi partido, y no os es»pondreis á confundir al inocente »con el reo. Adios, señor; la for»tuna me será acaso mas favorable »bajo otro clima, y si los reveses »salen garantes casi siempre de los »buenos sucesos, bien pronto de»bo acabar encontrando un cambio »favorable. Admitid el testimonio »de mi consideracion y respeto.

Carvino."

»No quedé menos asombrado que los que se hallaban presentes, pues semejante audacia no tenia ejemplo en los fastos de la intriga, haciendo ver ella sola la estension de

las calamidades, de que nos habíamos librado por una especie de milagro, quedando enteramente tranquilos con haberse embarcado este hombre estraordinario. A pesar de la distancia, aun parecia el terror pintado en los rostros de todos. El viento habia sido tan favorable desde el dia anterior, que su bajel debia estar muy lejos, y el mas velero no podia alcanzarle; pero esta carta habia hecho tan fuerte impresion en los ánimos, que en alguna manera se aplaudian de no haberle prendido, temiendo que durante un largo proceso se hubiese escapado, ó que hubiese maquinado nuevas intrigas, que aun cuando no hubieran sido tan funestas, no hubiesen dejado de causar atrasos incalculables á la colonia.

»Debíamos, pues, nosotros bendecir al cielo que le habia inspirado el designio de partir; porque refujiándose entre los salvajes, y haciéndose su soberano, podia civilizarlos, organizándolos, y poniéndolos diestros en las armas; de modo, que fueran tan formidables por un plan de devastaciones y ataques parciales, que tarde ó temprano nos hubiesen destruido completamente. Tenia mucha razon para decir que su proyecto habia estado muy cerca de efectuarse, si yo cuando me puse á perseguirle no hubiese tenido presentes las estratajemas que sabia emplear, si hubiese retrocedido, viniendo á contar las maravillas que habíamos visto, se hubiese abandonado para siempre la idea de penetrar en aque-

lla caverna, y la conspiracion hubiera logrado su efecto. Mas si hubiera previsto la importancia del descubrimiento, á que me impelía el deseo de desembarazarnos de un hombre tan temible, no hubiese emprendido tan lijeramente el perseguirle; pues no puedo comprender, con el interes que tenia en impedir que entrásemos en su retiro, como no nos hizo perecer á todos. Y á la verdad nada le era mas fácil, y sin duda solo debimos el habernos salvado á la persuasion en que estaba de que los medios dispuestos eran suficientes para amedrentarnos, y hacernos volver atras; y que aun admitiendo que tuviésemos la temeridad de pasar adelante, nos llegaria á ser imposible descubrir el paso encubierto

miracion y asombro, como él mismo habia esperimentado. Le di las gracias por las molestias que se habia tomado, y le espresé todo mi reconocimiento por los peligros á que tan jenerosamente se habia espuesto en beneficio mio. Encontrábame ya alijerada de un peso enorme, sabiendo que no me quedaba ya que temer de parte de Carvino, y que por fin podia ya salir de casa sin la menor inquietud, ni esperar otra sorpresa.

»Estaba ya impaciente por rejistrar el manuscrito, que contenia una parte de las aventuras de aquel hombre estraordinario, y que me trajo el señor Hallet al otro dia con mucho agrado. Su vista escitó tan vivamente mi curiosidad, que

le abrí con aceleracion, y habiéndole recorrido con ansia, saqué yo misma la copia que vais á leer."

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE.



